D. Juan de Marana

DON JUAN DE MARANA,

ó

LA CAIDA DE UN ANGEL,

MISTERIO EN CINCO ACTOS

Y ESTOS DIVIDIDOS EN SIETE CUADROS Y DOS INTERMEDIOS.

ESCRITO EN FRANCES

POR

Mr. Alejandro Dumas.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PERSONAS.

SOR MARTA.
EL ANGEL BUENO.
LA VIRGEN MARIA.
D. JUAN DE MARANA.
D. JOSÉ, *su hermano.*
EL CONDE DE MARANA.
D. FADRIQUE.
D. ENRIQUE.
D. SANDOVAL.
EL PADRE RAFAEL.
D. CRISTOBAL.
D. MANUEL.
D. PEDRO.
VICTORIA.
CAROLINA.
DOÑA INES DE ALMEIDA.
TERESA.
PACA.
JUANA.
EL ANGEL MALO.
SOR URSULA.
HASAN.
UN SENESCAL.
GOMEZ.
UN CRIADO.
PAGES.
SOLDADOS.

ACTO PRIMERO.

Una cámara en el palacio de los condes de Marana. El teatro está oscuro: sobre un pedestal á la derecha del espectador se vé al diablo á los pies del angel bueno. Este tendrá una espada en la mano.

ESCENA PRIMERA.

EL ANGEL BUENO. EL ANGEL MALO.

Ang. malo. Angel, que para guardarme
aqui te puso el Señor,
y dia y noche velando
agravas mi pena atroz,
baja un instante tus ojos
á verme por compasion
que sufro penas sin cuento...
oye piadoso mi voz.
Tantos dias han pasado
que á tus pies rendido estoy,
y con ellos tantas noches
de continuo torcedor,
que yo pensé que cansada
ya la venganza de Dios
aliviase por ventura
mi fatigoso dolor.
Mas no ha querido escucharme...
aun no se ha apiadado, no,
y esto es sufrir demasiado.
¡Perdon, arcángel, perdon!
Alza tu pie de mi pecho...
rendido te imploro yo
por la madre inmaculada
que madre fue del Señor.
Te lo pido por su hijo
que á la tierra descendió,

y ultrajado de los hombres
sufrió por ellos pasion.

Ang. bueno. No puedo yo lo que quieres,
que una fuerza superior,
una voluntad divina
nuestra suerte encadenó.
Solo decirte me es dado
que en el tribunal de Dios,
don Juan, conde de Marana,
de esta casa fundador,
tres siglos ha como en premio
de sus virtudes, pidió
con lágrimas y plegarias
esto que á decirte voy.
Pidió que de su familia,
el demonio tentador,
guardado fuese y velado
como en estrecha prision,
hasta que al fin, de sus hijos
naciese tal pecador,
que algun crimen cometiese
por su corazon feroz
sin que nadie le impulsase,
y Dios á mí me mandó
para velarte en el mundo
que angel de su guarda soy.

Ang. malo. Gracias... ah! pues si eso es cierto,
cobarde esclavo de Dios,
verdugo de Jehová,
cumple tu infame mision.
A este mármol, dices tú
que injusto me encadenó
un Marana, y ¿un Marana
ha de romper mi prision?
Oh placer! pronto ya libre
me verás... tranquilo estoy...
Ya se acabaron mis penas:
yo te lo aseguro, yo.
(*Se oyen dentro carcajadas.*)

Ang. bueno. Silencio!

Ang. malo. Don Juan! don Juan!
tú serás mi salvador.

ESCENA II.

Muda la decoracion: un comedor alumbrado por multitud de luces; caballeros y señoras se levantan de la mesa; dos negros vestidos de pages entran trayendo hachas encendidas.

D. JUAN. D. CRISTOBAL. D. MANUEL. CAROLINA. JUANA *y* VICTORIA.

Juan. Vamos, Cristobal, eso es beber como carreteros y no como hidalgos. Vamos al salon donde estan los helados. (*Presentando el brazo á Carolina.*) Carolina, aceptas?

Carolina. De muy buena gana.

Cristobal. (*Acabando de apurar su vaso.*) Eso es decir que me la robas?

Carolina. No, él no me roba; yo te dejo.

Cristobal. Y por qué me dejas, infiel?

Carolina. Porque de los tres dias que te conozco, hace dos que no te amo y uno que te aborrezco.

Manuel. Quéjate luego de la falsedad de las mugeres.

Cristobal. Oh! en parte me alegro, porque durante la cena me he dedicado á la Juana.

Manuel. Serias capaz de hacerme alguna infidelidad!

Juana. Lo he hecho por pura caridad cristiana: ese pobre Cristobal estaba tan triste por haber perdido á Carolina, que hubiese muerto de pena á no haber encontrado al minuto quien le consolase.

Manuel. Muy bien; en ese caso, mi Victoria... (*Acercándose á ella.*)

Victoria. (*Rechazándole.*) No, caballero, yo no amo á otro que á don Juan.

Juan. Vive Dios, que eso merece una recompensa. (*Quiere darla su cadena de oro.*)

Victoria. (*Deteniéndole.*) Si quieres darme alguna cosa, que sea ese puñal.

Juan. Y qué quieres hacer con él?

Victoria. Qué te importa?

Juan. Tómalo, celosa mia. (*Victoria toma el puñal del cinto de don Juan y lo coloca en el suyo.*)

Carolina. Si tú das tales regalos á la muger que no amas, qué darás á la que empiezas á amar hoy?

Juàn. Si fuese rey te daria una de mis provincias.

Carolina. Pero como no eres mas que conde habré de contentarme con un castillo. Cuántos tienes?

Manuel. Ni él mismo lo sabe.

Juan. No; y por otra parte, me pertenecen como las Españas pertenecen al infante.

Carolina. El infante llegará á ser rey.

Cristobál. Tú olvidas, don Juan, que la mitad de esos bienes que con tanta facilidad comprometes, son de tu hermano don José.

Juan. Quién es ese don José?

Manuel. Tu hermano mayor.

Juan. Ah! sí... Un consejo tengo que dar á mi hermano mayor, y es, que busque un judío á quien vender su derecho de sucesion por un plato de lentejas... el judío saldrá engañado en el negocio.

Juana. Pero el viejo conde está decidido á no morirse nunca?

Juan. No me hables de eso, Juana: tú habrás oido decir tal vez que hay un Padre Eterno en el cielo, no es verdad? pues bien; yo creo, ¡Dios me perdone! que ha bajado á la tierra.

Un criado. (*Levantando el tapiz de la puerta que está á la izquierda del espectador.*) Don Juan, vuestro padre está espirando. (*Un momento de silencio.*)

Juan. (*Levantándose.*) Y me envia á buscar tal vez?

Criado. No; ha oido vuestros gritos de alegria, y no quiere entristeceros: me ha mandado buscar á su confesor don Rafael. (*Vase por la derecha.*)

Cristobal. Adios, don Juan; nosotros ignorábamos la enfermedad del conde, y pedimos perdon á Dios por haber blasfemado en una casa que pertenecia á la muerte.

Juana. Adios, don Juan; tú eres un impio capaz de marchitar el alma de una santa.

Carolina. Don Juan, yo espero que Dios me perdonará en el otro mundo la flaqueza de haberte amado un instante en este.

Juan. Pero nos veremos otra vez, no es verdad?

Carolina. Nunca.

Juan. Mañana á las ocho, en la casa del parque.
Carolina. (*Sonriéndose.*) Iré.
Juan. Y tú, Victoria, no me dices nada?
Victoria. Sí, don Juan; yo te digo, que tal como eres, maldito del cielo y condenado, yo te amo; y si va Carolina á la cita que la has dado, á fé de española, la mataré.
Juan. Adios, hermosa. (*A los pages.*) Alumbrad.

ESCENA III.

EL ANGEL BUENO. EL ANGEL MALO *y* D. JUAN.

Juan. Id con Dios, hermosas cortesanas, que jugais con besos y puñales, sin conocer el daño que esto puede hacer. Marchad con vuestras luces, vuestra alegria y vuestro ruido, y dejadme solo en la oscuridad: sí, mis pensamientos necesitan silencio y tinieblas. Ojalá que mis riquezas, mis títulos y mis castillos no se desvanezcan como vosotros! Mi padre no ha preguntado por mí... ya me lo figuraba: ha hecho llamar al padre Rafael... tambien me lo figuraba. Es preciso que ese fraile pase por aqui para ir á la alcoba de mi padre... le hablaré primero. Vamos, don Juan; no se trata de seducir una linda joven, ni de batirse con un hidalgo valiente, y puesto que es un fraile hablémosle en el lenguage santo de la iglesia.

ESCENA IV.

Los de la escena anterior y D. RAFAEL.

Juan. Padre mio, vos sois un digno servidor de Dios, pronto siempre á la oracion y al consuelo de los afligidos.
Rafael. Ese es mi deber, caballero.
Juan. Por lo cual, no dudamos cuando os hicimos llamar...
Rafael. Yo creia que solo el conde tenia necesidad....
Juan. Uno y otro, padre mio, necesitamos de vos: acaso es mas necesaria la palabra divina para los que deben vivir que para los que van á morir. No podreis disponer de algunos momentos?...

Rafael. Hablad.

Juan. Habeis conocido á mi noble padre en su juventud?

Rafael. Y aun tuve el honor de estudiar con él en la universidad de Salamanca.

Juan. Ya sabeis que era de un caracter...

Rafael. Lleno de grandeza y de hidalguía.

Juan. Pero al mismo tiempo fogoso y apasionado.

Rafael. Por eso ha hecho brillantes proezas en Italia.

Juan. Y pecados de gran tamaño en España.

Rafael. Siempre ha obedecido las órdenes de su rey como debe hacerlo un noble castellano.

Juan. Asi es; pero no ha seguido con la misma puntualidad los mandamientos de Dios, como debe hacerlo un buen cristiano.

Rafael. En cuanto á eso yo trataré de llamarle al buen camino.

Juan. Hay sobre todo un pecado que debe agravar en estremo su conciencia.

Rafael. Cuál?

Juan. Ya sabreis que antes de casarse con mi madre habia tenido de no sé qué gitana ó morisca que trajo de Africa, un hijo á quien ha tratado como á mi hermano, y al que ha permitido que se llamase don José, como yo me llamo don Juan.

Rafael. Lo sé.

Juan. Pues bien, esto es lo que mi padre debe espiar con un sincero arrepentimiento, por la salud de su alma, y ciertamente se arrepentirá si un varon santo como vos, le echa en cara su debilidad por ese hijo, si le prohibe que le vea antes de su muerte....

Rafael. Por qué?

Juan. Porque como es un pagano y un herege, disiparia las riquezas de los Maranas en juegos de cartas y dados, en vez de dotar santas comunidades como lo haria yo: en orgias y banquetes, en lugar de hacer donacion de una reliquia de plata á Santiago y una capa bordada de oro á Ntra. Sra. del Pilar, como lo haria yo; en fin, en festejar hermosas cortesanas, en vez de recompensar con mano pródiga á los santos varones que se dedican á consolar á los moribundos, como seguramente lo haria yo.... comprendeis bien, padre mio?

Rafael. Sí, sí que lo entiendo; pero yo creo que si don José estuviera en vuestro lugar....

Juan. Ya veis que no lo está. Sabeis dónde se halla? en Sevilla; en la ciudad de los amores, de los jardines y de las serenatas, mientras nuestro pobre padre llama al confesor para que le asista en su última agonia. ¿Y qué hace en Sevilla? Cantar endechas moriscas en una guitarra granadina á los pies de no sé qué Teresa, á quien ha seducido con falsa palabra de esposo, y esto en lugar de venir á llorar conmigo al pie del lecho mortuorio. Esto es lo que debeis decir á mi padre, porque si en el momento de espirar... la debilidad humana en la hora de la muerte es estrema, y quién sabe si pretende legitimar á ese bastardo? Para esto no se necesita mas que un pergamino, algunas líneas, una firma, y el sello de los Maranas al lado de esta firma, y entonces no seria yo conde de Marana, sino mi hermano; no seria grande de España de primera clase, y señor de numerosos vasallos.

Rafael. Nada temais en cuanto á eso: yo sé cuáles son las intenciones de vuestro hermano.

Juan. Os las ha dicho? ah! sin duda habrá hecho con vos el papel de generoso y magnánimo: verdad es que esto no cuesta mas que palabras. Os habrá dicho sin duda que me dejará el señorío de Olmedo ó el de Aranda, que juntos producen quinientos reales y veinte y cinco maravedís de renta? Tambien consentirá acaso que yo me llame don Juan, en vez de llamarme Juan simplemente; es decir, que me da como de limosna un pedazo de pan y una espada. Oh! el digno hijo, el noble, el escelente hijo, que dispone de la sucesion paterna antes que haya muerto su buen padre! el digno, el escelente hijo, que como el leon estiende su garra sobre la herencia de los Maranas y la divide á su antojo, diciendo, esto es para mí, don José! esto para tí, don Juan.

Rafael. Yo espero que vuestro hermano llegue á tiempo para que el conde arregle antes de morir sus intereses y los vuestros.

Juan. No lo espereis: mi padre moriria abandonado á no hallarme yo aqui. Yo le he escrito diez cartas....

Rafael. Yo no le he escrito mas que una, y estoy seguro de que vendrá.

Juan. Tú le has escrito una carta á don José? y quién te ha dado permiso para eso? (*Furioso.*)

Rafael. Vuestro padre.

Juan. Y por qué no me has dicho eso antes? me hubieras ahorrado jugar hace media hora esta farsa. Sí, ya estamos cara á cara con las máscaras en las manos; no nos podemos hablar sin rebozo. Escucha y no olvides lo que voy á decirte.... yo no quiero lo oyes bien, fraile; yo no quiero que el conde reconozca á don José por mi hermano; no porque sea hijo de una gitana, ni porque es un pagano; no porque deshonraria mi nombre, sino porque me quitaria mi título de conde, mis riquezas y mis diez mil vasallos. Acuérdate de que me llamo don Juan, y que uno de mi nombre, si no de mi familia, descendió vivo al infierno y cenó alli con un comendador á quien habia dado muerte despues de haber deshonrado á su hija; que yo he tenido siempre envidia de la reputacion de ese hombre, como Carlos V de la de Francisco I, y que yo quiero excederla: ¿entiendes? para que el diablo mismo no sepa á quién preferir, si á don Juan Tenorio ó á don Juan de Marana. Ahora bien, entra en la alcoba de mi padre ó sal de esta casa, ponte al lado de don Juan ó al de don José; decídete por Dios ó por el diablo; á tu eleccion lo dejo; pero no olvides que estoy aqui, que no pierdo una palabra, ni un gesto, ni una seña, y que segun hagas, asi haré yo tambien.

Rafael. Dios tenga de vos piedad. (*Entra por la puerta izquierda.*)

Juan. Rezad por vos mismo, padre mio.

ESCENA V.

Los de la escena anterior, menos D. RAFAEL.

Juan. Vamos, don Juan; la lucha ha empezado y es preciso sostenerla hasta el fin... el premio de la victoria es grande. Yo he encontrado un adversario digno de mí: solo siento que sea un fraile, porque

me agrada mas servirme de la espada que del puñal. (*Levantando el tapiz.*) Se ha acercado al lecho de mi padre. Fraile, haz tu oficio de confesor y no otra cosa... te lo aconsejo. Por qué te has separado del lecho? qué quieres hacer de esa tinta y de esa pluma?.. ha sacado un pergamino... Oh! no pongas esa pluma en las manos de mi padre, ó de lo contrario te vas á perder tú mismo. El viejo está escribiendo! cada una de esas líneas me roba un palacio, un título, un tesoro: acaso dentro de un segundo no me quedará nada... ah! va á firmar!.. desgraciado de tí, fraile. (*Entra en la habitacion de su padre: se oye un grito, y en el instante mismo el angel bueno se oculta el rostro con las manos, deja caer su espada y vuela, mientras el angel malo se hunde en la tierra sonriendo. Cuando uno y otro han desaparecido, sale don Juan pálido, levantando el tapiz con una mano, y trayendo en la otra un pergamino.*) Todavia era tiempo: solo faltaba la firma, pues habian tenido la precaucion de poner el sello de antemano. Nadie ha visto entrar al viejo... (*Asomándose á una ventana.*) nadie le ha visto salir, y ese precipicio es tan profundo!.. Mi padre se desmayó, y cuando vuelva en sí creerá que ha sido alguna vision infernal. En fin, yo soy todavia don Juan de Marana, hijo primogénito del conde. (*Viendo que ha desaparecido el grupo de los ángeles.*) ¡Cómo! será cierta esa antigua tradicion de mi familia? El angel malo de Marana dicen que debia recobrar su libertad cuando se cometiese un crimen por un Marana: pues bien, el crimen se ha cometido y el angel malo está libre. (*Mirando al cielo.*) Pero... ¿y despues?

El Conde. (*Dentro.*) Don Juan!

Juan. Yo esperaba una respuesta del cielo y ésta viene de la tumba... es la voz de mi padre... ah! por qué esa voz me ha hecho estremecer hasta el fondo de mis entrañas? por qué, á pesar mio, me siento inclinado á obedecerle? ah! es que cuando yo era niño me dijeron: ese hombre es tu padre, y tú debes obedecer á tu padre. (*Se acerca como á su pesar.*) Preocupaciones de la infancia que se arraigan en el corazon del hombre! cadenas que salen de la boca de

las nodrizas, y que ligan á unas generaciones con otras, á los que se levantan con los que caen, á los vivos con los muertos. ¿Por qué el último gemido del religioso me ha causado menos emocion que esa voz? Don Juan! Don Juan! pecho de leon que abriga un corazon de muger... obedece.

El Conde. Don Juan!

Juan. (*Levantando el tapiz.*) Aqui me teneis, padre mio. (*En el momento que va á entrar se oye la voz de don José en el opuesto lado.*)

José. (*Dentro.*) Don Juan.

Juan. (*Dejando caer el tapiz.*) Es la voz de mi hermano... ah! esta voz me ha hecho tambien estremecer, pero es de rabia y de celos. Gracias, satanás, tú me la has enviado sin duda para combatir á la otra. (*Vuelve tranquilamente á la escena.*)

ESCENA VI.

DON JOSÉ. DON JUAN.

José. Ah! hermano mio! es tiempo todavia? podré yo ver á mi padre?

Juan. Silencio... está durmiendo.

José. (*Abrazando á su hermano.*) Deja que te abrace por tan buena nueva. Oh! sin la carta del padre Rafael acaso hubiera muerto sin que yo le viese: me hubiera llamado en el momento de su agonía y yo no hubiese podido contestarle...

Juan. Pobre José! y has podido abandonar á Sevilla, á tu Teresa!...

José. No me hables de eso en este momento. Dime, dime, es cierto que la enfermedad de nuestro buen padre es mortal? padece mucho? se ha acordado de mí?

Juan. Sí, varias veces hemos hablado de tí; pero, como ibamos diciendo, Teresa...

José. Es hermosa entre todas las hermosas, como mi padre era bueno entre todos.

Juan. Y la has dejado abandonada en Sevilla, sola y lejos de tí?

José. No; me ha acompañado hasta Castilla y la he.

dejado en nuestro castillo de Villa Mayor: yo no queria que presenciase la fatal escena que aqui me aguardaba.

El Conde. (*Dentro.*) José.

José. No has oido pronunciar mi nombre? creo que nuestro padre me ha llamado.

Juan. No... tú has olvidado sin duda cuántas veces hemos oido con terror siendo niños ese torrente que corre al pie de estas paredes, y cuyo ruido semeja la voz de alguno que se lamenta, ó á un alma errante que demanda misas y oraciones.

José. Es verdad: y mientras yo temblaba sobrecogido de espanto tú cantabas alguna balada impía, en la que el diablo hacia el principal papel.

Juan. Y entonces lo mismo que ahora, olvidado de todas las cosas terrestres, no pensabas en las cosas mas necesarias de la vida, como descansar cuando estabas fatigado y comer cuando tenias hambre. Ven, hermano mio, siéntate á la mesa y yo te serviré como debo, mi señor, mi dueño... ven y beberás á la salud de Teresa.

José. Tienes razon: he corrido tres dias sin detenerme un punto, y hace muchas horas que nada he tomado; pero si mi padre entretanto...

Juan. Cuando te digo que está durmiendo...

El Conde. (*Con voz moribunda.*) José.

José. Ves como no me engañaba? Aqui estoy, padre mio. (*Entra en la alcoba: don Juan le observa un momento y despues se arroja en un sillon.*)

ESCENA VII.

D. JUAN *solo.*

Mi padre ha muerto. (*Se descubre y reza.*) Es negocio concluido. (*Poniendo la mano sobre su corazon.*) Qué es lo que siento aqui? qué enemigo es este que vive dentro de mí para reprenderme y castigarme? Oh! la conciencia... ha venido tarde como mi hermano... ya no es tiempo. (*Se acerca el angel bueno y le habla al oido.*) Nunca es tarde para arrepentirse, y la muerte de ese religioso... (*Le habla el angel.*) Hacer pe-

nitencia toda la vida para espiar este crimen! Mi padre me ha llamado y yo le he dejado morir sin verle... Ya está en el cielo. (*El angel malo le habla al oido.*) Es bella la Teresa, bella entre todas! bueno!.. no era mala presa, por mi vida. (*Los dos ángeles le hablan alternativamente como lo indica el monólogo.*) Pero es una pobre niña, ingénua, candorosa... tanto mejor; estoy cansado de la falsedad de esas cortesanas. Hasan! esclavo.

ESCENA VIII.

D. JUAN. HASAN.

Hasan. Señor?

Juan. Da mis órdenes para que vayan á buscarme doce hombres armados y un escudero á la casa del Parque. Esta noche marchamos á Villa Mayor.

Hasan. Quereis que avise á vuestro hermano?

Juan. Esclavo, yo no tengo hermanos; yo soy el hijo único del conde, el único heredero de su familia, y quien diga que don José es mi hermano, miente.

Hasan. Perdonad. (*Don Juan se va por la derecha.*)



ACTO SEGUNDO.

Una habitacion en el castillo de Villa Mayor. Balcon al fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

TERESA *y* PACA. (*Las dos estarán leyendo.*)

Teresa. Paca!
Paca. Señorita!
Teresa. Parece que te gusta mucho ese libro.
Paca. Estremadamente; pero el que vucsarcé lee me parece que la fastidia.
Teresa. De muerte.
Paca. Y de qué trata ese libro que tanto os disgusta?
Teresa. De las virtudes de Penélope, esposa de Ulises, rey de Itaca. ¿Y ese que tanto te agrada, de qué trata?
Paca. De los amores de la princesa Budur con los hijos del rey Serendib.
Teresa. Con el hijo querrás decir.
Paca. Con los hijos, digo.
Teresa. Eso no puede ser.
Paca. Sí señora: los ha amado uno despues de otro; al primero un poco, al segundo mucho, y al tercero apasionadamente... la progresion de costumbre. El último es regularmente al que se quiere mas.
Teresa. Qué loca eres, Paquita.
Paca. (*Acercándose á Teresa.*) Pero lo mejor de todo es, que paseándose un dia por la orilla del mar se encontró una cajita, de la que se oia salir una voz muy dulce: abrióla y se encontró cara á cara con un duendecito que le dijo que pidiese tres cosas y al momento le serian concedidas. Si algun dia nos paseamos por las orillas del mar, hemos de ir con mucho cuidado.

Teresa. Para qué?

Paca. Para ver si, como la princesa Budur, encontramos algun duendecito.

Teresa. Y cuáles son las tres cosas que tú le pedirias?

Paca. Yo no pediria mas que una.

Teresa. Cuál?

Paca. Hallarme en el caso que mi señorita.

Teresa. Te creerias feliz con eso?

Paca. Ciertamente, porque entonces, joven y linda como lo sois vos, no digo yo tres cosas; mil puede una pedir sin miedo de que se las nieguen. Creedme, el abanico de una muger hermosa es mas poderoso que la varita de una hechicera.

Teresa. Esplícame eso.

Paca. Un abanico habla en primer lugar.

Teresa. Qué lengua?

Paca. La mas espresiva de todas: la del amor. Escuchad; supongamos que estais en el paseo, que pasa un joven y os saluda; si no os agrada, mirais desdeñosamente el pais de vuestro abanico, y esto quiere decir: «podeis pasar de largo, caballero, porque no obtendreis nada de mi.» Si por el contrario os gusta, como que no podeis devolverle inmediatamente su saludo, ocultais de este modo el rostro, como si no quisiéseis mirarle, pero se entiende que le mirais al través de las varillas: esto significa lo siguiente... «Caballero, vos me habeis agradado mucho, y si vuestro nacimiento y riqueza corresponde á la gallardía de vuestra persona, acaso tendré la debilidad de amaros.» El caballero lo comprende todo, como si una dueña fuese á decírselo al oido: diez minutos despues vuelve á pasar, y advierte que la señora al partir se ha dejado el abanico olvidado en su asiento... el galan lo toma, lo lleva á sus labios, á su corazon, y el abanico le dice: «Mi señorita no os ha visto sin complacencia; llevadme á su casa, pues estará muy desconsolada por haberme perdido.» Aquella misma noche oís debajo de vuestras ventanas una serenata, y es el mismo abanico que viene á deciros: «señorita, yo estoy en poder de un caballero que os ama: mirad como me estrecha contra su corazon, porque vuestras lindas manos

me han tocado: ahora repetid el ritornelo para que conozca que le habeis oido... la, lará, lará... está bien, luego iremos á daros las gracias. En efecto, diez minutos despues se oyen pasos en el corredor y es un page que anuncia á don Ramiro Mendoza, ó á don Alfonso, y este es vuestro apasionado. Inmediatamente examinais su vestido para ver si es rico y de buen gusto: echais una mirada á su page para ver si tiene librea, y otra á su litera para ver si tiene escudo de armas, y si es buen mozo, rico y noble, le pedís tres cosas y os las da.

Teresa. Es muy estraordinario. Sabes que hoy me ha sucedido una aventura muy semejante?..

Paca. De veras?

Teresa. Sí; yo estaba sentada á la puerta del parque que da al camino de Santa Cruz, cuando ví pasar por él un bizarro caballero; sin duda debia ser un gran persònage, porque iba acompañado de un escudero y muchos hombres armados. Me saludó al pasar, y yo me ruboricé de tal manera, que tuve que cubrirme el rostro con mi abanico.

Paca. Bien.

Teresa. Sin duda debió presumir que yo le miraba, porque apenas se habia adelantado cien pasos entregó la brida de su caballo al escudero, y despues de haberse apeado se vino hácia mí. Ya te figurarás que no le esperé, y quise entrar tan pronto que....

Paca. Qué?

Teresa. Que se me figura que he dejado mi abanico olvidado sobre el asiento.

Paca. Escelente: esta noche tenemos serenata.

Teresa. Oh! no creo yo que ese caballero haya dado tanto valor á una cosa insignificante. (*Se oyen instrumentos en la calle.*)

Paca. Oís?

Teresa. Cielos!

Paca. Vaya! os asustais de poco.

Teresa. Si don José supiese...

Paca. Hay mas de que no lo sepa? (*Va á la ventana.*)

Teresa. Qué vas á hacer?

Paca. Abrir.

Teresa. Yo te lo prohibo.

Paca. (*Abriendo.*) Habeis hablado tarde.

Teresa. Imprudente!

Paca. Quereis que cierre?

Teresa. No... puesto que está ya abierta...

Paca. Teneis razon... venid, venid quedito. (*Las dos se acercan de puntillas.*)

Teresa. El es... le he conocido por la pluma encarnada.

Paca. Escuchad. (*Dentro canta.*)

Mi corazon he perdido
orillas de la mar brava,
cuando por ellas vagaba
luchando con mi pasion.
Hanme dicho por ventura
que hallado le habeis, señora,
y á pediros vengo ahora
el vuestro ó mi corazon.

Paca. La, la, la... qué bonita es la cancion!

Teresa. Paquita! (*Conteniéndola.*)

Paca. Es verdad.

Teresa. (*Suspirando.*) Afortunadamente estamos encerradas en este castillo y no es posible que ese caballero entre.

Paca. (*Suspirando con mas emocion.*) Sí, muy afortunadamente.

Teresa. Por lo tanto estoy tranquila.

Paca. Callad.

Teresa. Qué?

Paca. No oís pasos en el corredor?

Teresa. Cierra esa puerta. (*Paca cierra.*)

Paca. Se detienen...

Teresa. Han llamado... quién está ahí?

Hasan. (*Dentro.*) El esclavo del conde don Juan de Marana.

Teresa. Paca!

Paca. Callad... y qué quiere el conde don Juan?

Hasan. Ofrecer sus respetos á la señora del castillo.

Paca. Sus respetos... ya veis...

Teresa. No importa; yo no puedo recibirle.

Hasan. Qué diré á mi señor?

Paca. Decidle que es demasiado tarde; que mañana tal vez...

Teresa. Qué dices?

Paca. Repito vuestras mismas palabras.

Hasan. Pero como mi señor tiene que partir mañana, desea hablar esta noche á su camarera.

Paca. (*A Teresa.*) A su camarera... en esto creo que no encontrareis inconveniente. Ademas es preciso que yo le pida vuestro abanico, porque dejándolo en sus manos seria darle esperanzas.

Teresa. (*Con viveza.*) Tienes razon.

Paca. (*A Hasan.*) Id á decir al conde que la camarera le concede la entrevista que solicita.

Teresa. Yo me retiro á mi habitacion: tú le dirás que me era imposible recibirle; que estoy para casarme con don José... (*Entra por la derecha.*)

Paca. Bien... está bien.

ESCENA II.

PACA. D. JUAN.

Juan. Sola?

Paca. Sola.

Juan. (*Acercándose á Paca.*) Tanto mejor.

Paca. (*Acercándose á don Juan.*) Caballero, mi señorita....

Juan. Está escuchando tras de los tapices, no es eso? no temas, hablaré bajo. ¿Tu nombre?

Paca. Paca.

Juan. Pues bien, Paquita, si no conozco mal las provincias de España, tú eres andaluza: si no he olvidado mi ciencia de las edades, tienes veinte y cinco años, y si sé leer todavia en unos ojos, tú has hecho ya traicion á un marido; has engañado á dos amantes y perdido á tres de tus amas.

Paca. (Este hombre es sin duda brujo.)

Juan. En cuanto á mí, yo soy el conde don Juan de Marana.

Paca. Noble?

Juan. Ya te he dicho mi nombre.

Paca. Rico?

Juan. Como una mina de oro.

Paca. Y dadivoso...

Juan. Como un rey.

Paca. Quereis que os crea por vuestra palabra?

Juan. No, sino por mis obras. (*Dándola su bolsa.*)
Paca. Desde luego quedo satisfecha.
Juan. Hablemos ahora de tu señorita.
Paca. Ella tiene...
Juan. Diez y siete años; ya lo sé.
Paca. Se llama...
Juan. Teresa; tambien lo sé.
Paca. Va á casarse...
Juan. Con don José... tambien lo sabia.
Paca. A quien ella...
Juan. No ama.
Paca. A quien ella ama.
Juan. O mas bien.... (*Echándola al cuello su cadena de oro.*)
Paca. Cree amar.
Juan. Cuáles son sus principales defectos?
Paca. Yo no la conozco ninguno.
Juan. Precisamente debe tenerlos. (*Poniéndola una sortija en un dedo.*)
Paca. No tiene mas sino que es un poco curiosa, un poco coqueta y otro poco vana.
Juan. Ya tengo dos puntos de ataque mas que la serpiente: Eva no era mas que curiosa.
Paca. Y no tenia camarera.
Juan. Esa es otra ventaja mas. Adios, Paquita.
Paca. Os marchais?
Juan. Ya sé todo lo que deseaba.
Paca. Volvereis?
Juan. Tal vez.
Paca. Hasta la vista.
Juan. No me despides?
Paca. (*Tomando una luz.*) Ah! perdonad. (*Vanse.*)

ESCENA III.

TERESA, *despues* PACA.

Teresa. Ya se ha marchado.
Paca. (*Dando un grito desde el corredor.*) Ah!
Teresa. Qué es eso?
Paca. (*Entra sin la luz.*) Que he dejado caer la bujía.
Teresa. Dime, dime, ese caballero....

Paca. Es un noble señor.
Teresa. Y sus modales?...
Paca. Los de un príncipe; y á pesar de eso...
Teresa. Qué?
Paca. Es tímido... tímido como un estudiante.
Teresa. De veras? te ha hablado de mí?
Paca. Pues de quien queriais que me hablase?
Teresa. Qué te ha dicho?
Paca. Que erais hermosa como una virgen.
Teresa. Nada mas?
Paca. Y que moriria si vos no le mandaseis que viviese.
Teresa. No le has dicho que debo casarme con don José?
Paca. Se lo dije, sí señora, y estoy muy arrepentida.
Teresa. Por qué?
Paca. Porque esto le ha causado una pena...
Teresa. Está bien.—Ayúdame á desnudar.
Paca. Chit!
Teresa. Paca?
Paca. Suenan pasos.
Teresa. Dónde?
Paca. En el corredor.
Teresa. Se acercan...
Paca. Han dejado una cosa á la puerta.
Teresa. Ya se retiran.
Paca. Veremos lo que es.
Teresa. Espera un momento. (*Pausa.*)
Paca. Abro ya?
Teresa. Abre.
Paca. Una cajita!
Teresa. Y un papel.
Paca. (*Leyendo.*) «A doña Teresa, novia de don José.»
Teresa. (*Tomando la cajita.*) Es verdad!
Paca. Es para vos.
Teresa. Vuelve á poner eso donde estaba.
Paca. Ah! Dios mio!
Teresa. Qué?
Paca. La caja se ha abierto sola. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Perlas, diamantes...
Teresa. Espera, espera... quiero verlos.
Paca. Mirad.

Teresa. Es un aderezo de una reina.
Paca. «A doña Teresa, nóvia de don José.»
Teresa. Devuélveselo.
Paca. Esta noche?
Teresa. Al instante.
Paca. Pero como yo no sé la posada del conde... Mañana habrá tiempo.
Teresa. Qué collar tan hermoso!
Paca. Qué bien estarian estas perlas en vuestro cuello!
Teresa. Y estos brazaletes? mira.
Paca. Sin duda es él hijo de algun emperador.
Teresa. Y estos pendientes, este cupido, este cinturon?..
Paca. Hemos encontrado nuestro duendecito.
Teresa. (*Suspirando.*) Desgraciadamente no podemos aceptar sus dádivas.
Paca. Y por qué no, si es un regalo de boda?
Teresa. Pero como don José es tan apasionado al retiro... estas joyas solo pueden llevarse en una corte.
Paca. Si vos fuérais á la corte, la reina se pondria mala de envidia y el infante moriria de amor.
Teresa. Lisongera!
Paca. Quiere la señora probarse esas joyas?
Teresa. No.
Paca. La señora quiere que la desnude?
Teresa. No.
Paca. Me permite la señora que me retire?
Teresa. Sí. (*Paca hace que se va y vuelve.*)
Paca. Pero esas alhajas...
Teresa. Mañana las devolverás.
Paca. Como gusteis. (*Vase.*)

ESCENA IV.

TERESA *sola.*

A lo menos podré mirarlas esta noche, y aun ponérmelas, porque estoy sola y nadie puede verme: será un sueño dorado en mi vida; á lo menos me habré visto alguna vez ataviada como una reina. (*Se sienta delante del espejo.*) Una flor en tus cabellos, me decia don José, me basta á mí... (*Se va poniendo el aderezo.*) Qué diferencia! (*Mientras va colo-

cándose las joyas, el angel malo se coloca detras del espejo y la habla.)

Ang. malo. Tus ojos son hermosos y radiantes
como el lucero que precede al dia,
y tus miradas rápidas, brillantes,
llenas están de ardor.
Tus labios de coral están cerrados
al beso ardiente del amante ciego;
tus años pasan tristes y cansados
sin gloria y sin amor.
Tú que eres bella y joven, no naciste
para morar bajo ignorado techo;
aqui es la vida perezosa y triste...
la vida aqui es morir.
Ven á Madrid, á la opulenta villa
donde hay palacios y donceles nobles;
do la hermosura idolatrada brilla...
y esto, y esto es vivir. *(Desaparece.)*

Teresa. Yo no me conozco: yo no habia tenido nunca semejantes pensamientos... sin duda son de fuego estas joyas que me abrasan... este collar oprime mi cuello... se me arde la frente, y hasta el aire que respiro me ahoga, me quema... *(Desvanecida.)* Don Juan! don Juan!

ESCENA V.

TERESA. D. JUAN. *(Se arrodilla á los pies de Teresa.)*

Juan. Me llamabais, señora?

Teresa. Gran Dios!

Juan. Vos sois mi reina, y yo soy vuestro esclavo: me habeis llamado, yo he venido á recibir vuestras órdenes. Qué teneis que mandarme?

Teresa. Oh! no penseis que queria yo conservar estas joyas... tomad!... *(Quitándose el collar.)*

Juan. Es ya tarde, Teresa: esas joyas tienen una virtud mágica, y de hoy mas, si ellas no os pertenecen, vos perteneceis á ellas.

Teresa. Yo os ruego que os las lleveis.

Juan. Y pensais que serán menos peligrosas ausentes que presentes? no, las buscareis con los ojos, lleva-

reis la mano á vuestra frente y á vuestro cuello pensando encontrarlas, y las vereis en todos vuestros sueños. Teresa, os habeis adormecido á la sombra del arbol del orgullo... ya no hay remedio.

Teresa. (*Tapándose los oidos.*) Callad, callad! vuestras palabras resuenan en mi corazon, como si fuesen de algun espíritu maligno.

Juan. (*Haciendo brillar á sus ojos el collar.*) Vos las habeis llevado solamente un instante: decidme, no es verdad que han trastornado todo vuestro ser? no es cierto que como por una fuerza mágica, os han abierto las puertas de jardines encantados, con flores de esmeralda y frutos de oro? no es cierto que habeis entrevisto á Madrid, á la villa real con sus bailes y sus magníficos palacios?

Teresa. Sí, pero fué un instante de delirio, de ardiente delirio; callad por Dios.

Juan. Vos sois la mas hermosa de todas, y las cortesanas tendrán celos de vos.

Teresa. Callad... esto no es mas que un sueño.

Juan. No, sino realidad... Teresa, dí que me amas.

Teresa. Piedad, don Juan, dejadme.

Juan. Yo os amo como á ninguna muger he amado, como ninguna muger ha sido amada en el mundo. Yo puedo proporcionaros la felicidad, porque soy rico y os daré palacios, y vasallos y carrozas... Teresa, lo rehusarás?

Teresa. Dios mío! (*Cayendo de rodillas.*) tened piedad de mí! enviad en mi socorro alguno de vuestros ángeles, si nó yo conozco que no podré resistir. Ah! (*Teresa está en brazos de don Juan casi desmayada. Paca entra precipitadamente y vuelve á salir.*)

Paca. Señora, señora, don José ha llegado..... voy á detenerle un instante.

Teresa. Don José? ah! gracias, Dios mio, gracias. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL ANGEL MALO. EL ANGEL BUENO *y* D. JUAN.

Juan. Vamos, don Juan, este es el momento: se trata de conservar el puesto ó de cederlo, y á decir verdad estoy por lo primero. (*Se sienta.*)

Ang. bueno. Ya tanto por tí he rogado,
tanto he llorado por tí,
que Dios consiente apiadado
en perdonar tu pecado
si el alma tornas á mí.
Si lloras arrepentido,
si tu grave culpa espías
al pie del altar rendido,
dichosos serán tus dias
y tu buen hado cumplido.
Yo por la senda divina
que á gloria eterna encamina,
yo, don Juan, te guiaré:
sacra antorcha te ilumina
porque no tuerzas el pie.

Juan. Efectivamente, mirándolo bien, el asunto es escabroso, y valiera mas por mi gloria eterna...

Ang. malo. Ah! que esa gloria es mentida,
y pasa pronto, veloz
del hombre la edad florida:
cierra el oido á esa voz,
y goza, que esto es la vida.
Goza y rie sin que temas
que tus palabras blasfemas
al cielo irriten, don Juan...
no hieren sus anatemas
ni cuida de nuestro afan.
Ciña fragante corona
de frescas flores tu sien
y de tus triunfos blasona,
que es gallarda tu persona
y vence el mayor desden.
Fiestas y vino y mugeres,
y dilatados placeres
que ahuyenten del alma el duelo...
tú puedes hacer si quieres
en este mundo tu cielo. (*Desaparece.*)

Paca. (*Entrando.*) Todavía estais aqui?

Juan. Sí, te esperaba para decirte una cosa.

Paca. Cuál?

Juan. Que jamas llegó un amante á mejor tiempo.

Paca. Para recobrar su querida?

Juan. No, sino para vérsela robar. (*Vase riendo.*)

Paca. Si este hombre no es el diablo, es por lo menos la criatura humana que mas se le parece.

ESCENA VII.

PÀCA. TERESA. D. JOSÉ.

José. Y dónde están esas alhajas?

Teresa. Vedlas... yo habia encargado á Paquita que se las devolviese... mirad qué hermosos son estos diamantes. Soy muger, don José, y... vos me perdonareis, ¿no es esto? yo era débil para tanta seduccion, y antes de enviarlas quise ver si estaria con ellas mas hermosa. Oh! sin duda están encantadas, porque al ponérmelas, ofuscó mis ojos una nube, y una voz misteriosa me habló al oido de riquezas, de palacios!... Cuando volví en mí, encontré á mis pies á ese hombre, á ese demonio tentador. Tenian sus palabras un acento vibrador, infernal, que empezaba á adormecerme, á fascinarme... Perdon, don José, perdon.

José. Solo hay un hombre en el mundo á quien el diablo haya concedido semejante poder. Cómo se llama ese forastero?

Teresa. Don Juan de Marana.

José. Es el mismo... por eso me dejó acompañar solo á mi padre hasta el sepulcro; por eso ni aun ha preguntado quién fuese el asesino de esa cortesana, cuyas caricias iba á buscar, y de la que no encontró mas que el cadáver.

Teresa. Le conoces tú?

José. Sí, le conozco por mi desgracia en este mundo, y acaso tambien en el otro. Tenias razon para temer, Teresa... pobre flor! tú habias previsto la tempestad. Paca, id á avisar al capellan del castillo, y decidle que dentro de media hora nos vamos á desposar en la capilla. ¿Lo deseas tú, Teresa?

Teresa. Si lo deseo!... (*Vase Paca.*)

José. Tú tendrás todo eso que anhelas; palacios, joyas; porque yo soy rico y noble y señor de vasallos.

Yo no sabia que todo esto podia contribuir á tu felicidad... tú serás condesa.

Teresa. Y no volveré á ver mas á ese hombre: ¿es verdad?

José. No; tranquilízate.

Teresa. Bien... Adios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

D. JOSÉ. D. JUAN.

Juan. Don José?

José. Buenos dias, don Juan.

Juan. Te has olvidado de convidarme á tu boda.

José. Pensaba hacerlo para los funerales de mi padre; pero no te he visto.

Juan. No me sentí con valor suficiente pára presenciar esa terrible escena; y como hace tiempo que pensaba recorrer los dominios de mis mayores, me pusè en camino, y he empezado por mi castillo de Villa-Mayor.

José. Y no has venido á ver mas que el castillo?

Juan. Y tambien á su huéspeda.

José. Sí, ya sé que la has visto.

Juan. Dos veces.

José. Y qué te ha parecido?

Juan. La primera vez, encantadora: la segunda, adorable.

José. Hablas como un entusiásta.

Juan. Hablo como un amante.

José. No sabes que es mi esposa futura?

Juan. Bien... yo amo á tu futura.

José. Calla... tú estás loco.

Juan. Has oido bien? la amo.

José. (*Riéndose.*) Sí, lo he oido.

Juan. Ah! lo has oido y te ries! Sin duda no conoces lo que es el amor de don Juan.

José. Ya sé que es la máscara de la voluptuosidad que encubre el rostro de la muerte; pero sé tambien que me quieres, y què hay lazos en la naturaleza que tú no serias capaz de romper.

Juan. Eso es, y á causa de ese cariño fraternal, y por no romper ésos lazos de la naturaleza, habré de

decir á mi sangre que no hierva, y á mi corazon que no palpite; y si mi sangre es indócil y mi corazon rebelde, si rehusan obedecer á mi voluntad humana, iré á implorar la asistencia divina, vestiré silicios, para que los dolores del cuerpo me hagan olvidar los tormentos del alma, y pediré á Dios de rodillas que me arranque del corazon este amor que él mismo me ha dado. Don Juan penitente, don Juan fraile, don Juan.... canonizado tal vez. Oh! este seria un milagro, que haria gran ruido en toda España! Y entre tanto que yo conquistaba de esta manera el reino de los cielos, dejaria á mi hermano José el cuidado de perpetuar mi nombre y sostener el esplendor de mi familia.

José. Déjame creer que te burlas.

Juan. Te repito que amo á Teresa, y á fe de caballero, será mia.

José. Es decir que me propones una lucha?

Juan. No, tú no lucharás.... yo soy loco y tú eres cuerdo, por lo que las fuerzas son desiguales... el cuerdo cederá su puesto al loco.

José. Pero no sabes que yo amo á Teresa, mas de lo que tú puedes amarla?

Juan. José, no compares nunca las tempestades de los rios con las del Océano.

José. Mis derechos son ademas sagrados.

Juan. Porque son anteriores á los mios, ¿no es cierto? Tú quieres robarme el lugar que tengo en el corazon de Teresa, como lo habias hecho en la casa de mi padre. Poco afortunado eres como usurpador.

José. Qué dices?

Juan. Que un advenedizo puede muy bien introducirse en el seno de una familia ó en el corazon de una muger; pero cuando llega el verdadero dueño, se arroja al intruso. El dueño soy yo, y tú el advenedizo... atrás.

José. Tú te acuerdas solamente de que soy tu hermano, y no de que soy caballero.

Juan. Mientes: ni eres lo uno ni lo otro.

José. Esto es demasiado.

Juan. Tú caballero? quién te ha dado libertad, esclavo? Tú mi hermano? quién te ha reconocido por

tal, bastardo? Tú creías sin duda que el padre Rafael habia arrancado á mi padre moribundo su consentimiento... pues bien, te engañas: toma y lee: (*Entregándole el pergamino.*)

ESCENA IX.

Dichos, TERESA.

Teresa. Qué es esto?
José. Dios mio, será verdad? (*Cogiendo el pergamino.*)
Teresa. Decidme... esto qué significa?
Juan. Esto significa, que este hombre os habia dicho que era noble, ¿no es cierto? Que tenia títulos y palacios, y tal vez que os daria una corona ducal, ¿no es cierto? Pues bien; ese hombre no es mas que un esclavo. Entrad, señores. (*Entran soldados y el senescal.*)
Teresa. Es verdad eso, don José?
José. Dios mio! (*Confundido.*)
Juan. Esclavo, tiembla delante de tu dueño: abajo ese sombrero (*Se lo tira*) delante de tu señor, vasallo. Quítate esos vestidos que son los de un caballero (*le quita la capa*) y vístete con la librea de mis criados, y en adelante no te acerques mas á esta muger; sé delante de ella ciego y mudo, porque esta muger es mia.
José. (*Sacando la espada.*) El cielo castigue el verdadero fratricida. (*Don Juan le quita la espada y la rompe.*)
Teresa. Ah! (*Cae desmayada en brazos de Paquita.*)
Juan. (*Al senescal.*) Ya veis que está loco ese hombre; llevadlo.
Senescal. Qué castigo se le dará?
Juan. El que se aplica á los esclavos rebeldes. (*Los soldados se llevan á don José.*)

ESCENA X.

D. JUAN. TERESA. PACA.

Paca. Señor...

Juan. (*Sosteniendo á Teresa.*) Hásan, que ensillen mi caballo.
Hasan. No esperais ningun socorro?...
Juan. El aire libre la hará volver en sí: cierra esa puerta cuando salgas. (*Hasan sale el último y cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

D. JOSÉ. (*Antes de salir está un momento solo el teatro.*)

Dentro. Teresa! Teresa! (*Sale.*) Han salido por aqui... la puerta está cerrada... esta otra, tambien cerrada! la ventana! ah! tiene una reja. (*Momento de pausa.*) Abandonado de todos, de Dios, de los hombres! Dicen que hay en nuestra familia un ángel malo; y si es asi, debe aparecer cuando se le llama. Angel malo de los Maranas, yo te invoco.

ESCENA XII.

D. JOSÉ. EL ANGEL MALO.

Angel malo. Aqui me teneis, señor.
José. Demonio, es preciso que yo me vengue.
Angel. De don Juan?
José. Sí.
Angel. Qué os ha insultado?
José. Sí.
Angel. Qué os ha robado vuestra esposa?
José. Sí.
Angel. Qué os ha hecho dar de palos?
José. Calla.
Angel. Ja! ja! ja!
José. Me has entendido, maldito.
Angel. Se verterá sangre?
José. Toda la que puede contener el cuerpo de un hombre hasta la última gota.
Angel. Y un alma perdida?
José. Espero que sean dos.
Angel. Ya veo que es negocio que merece la pena.
José. Qué debo hacer?
Angel. Es preciso que vuestro padre firme este perga-

mino (*alzándolo del suelo*), para que vuestro hermano os reconozca por caballero.

José. Pero mi padre ha muerto.

Angel. Bajareis á su tumba.

José. Yo... cometer semejante sacrilegio!

Angel. O renunciar á la venganza.

José. Bajaré á la tumba de mi padre. Haz que se abran esas puertas.

Angel. Quereis ir por un camino mas corto?

José. Sí.

Angel. Dadme vuestra mano.

José. Toma.

Angel. Marchemos. (*Se hunden los dos.*)

PRIMER INTERMEDIO.

(*El teatro representa el cielo: la Vírgen María en un trono de nubes resplandeciente, y el ángel bueno arrodillado delante de ella á algunos pasos de distancia.*)

Angel. Hermosa reina del cielo,
madre santa de piedad
que os llaman la dolorosa
y os llaman la virginal;
claro espejo de pureza
que nada pudo empañar...
¡Oh, tú! vaso de eleccion,
sacra estrella matinal.
Bienaventurada madre
del hijo de Jehová,
á tus plantas llego ahora,
el alma llena de afan,
á rogarte que me escuches
con tu infinita bondad.

Vírgen. Habla... cien años y ciento
en la tierra sin cesar
has pasado... tú eres, ángel,

el buen ángel de don Juan.
Habla... qué puedo yo hacer
por aliviar tu pesar?...
Nada mi amor te ha negado
ni jamas te negará.

Angel. Oh, Vírgen! por un arcano
que ya sin duda sabrás,
ligado estuve en la tierra
al espíritu infernal.
Yo velaba por el alma
de un hombre; yo sin cesar
por su destino he cuidado;
pero inútil fue mi afan.
Inútil, que un negro crímen
cometió insensato, ay!
y al ángel malo ha devuelto
su perdida libertad.
Quién por él, Vírgen divina,
habrá de cuidar de hoy mas?
Quién por la senda de espinas
sino yo le he de guiar?
Subí al cielo, y en presencia
del celeste tribunal,
de Dios imploré la gracia
por el rebelde don Juan.
Díjome Dios... otra vez
al mundo torna, y quizá
logres apartar sus pasos
de esa senda criminal.
Entretanto mi justicia
á tí vuelta esperará,
porque mi amor es inmenso
cual lo es su crímen fatal.
Bajé á la tierra... en mis palmas
llevando la uncion de paz
como un tesoro divino;
mas no le quiso aceptar.
Otro crímen y otro crímen
su corazon pertinaz
ha cometido, y persiste
en el camino del mal.
Yo no me atrevo, señora,

yo no me atrevo á llevar
estas nuevas tan terribles
al divino tribunal.
Yo quisiera vivir lejos
del cielo, que á mi pesar
siento por él, madre mia,
una profunda piedad.
Dios me dijo que á mi vuelta
su justicia esperará;
yo quisiera vivir lejos
lejos de su austera faz,
que durante mi destierro
en sí tal vez tornará
ese pecador rebelde...
dejadme al mundo bajar.
Haced que caigan mis alas!
mi voz os bendecirá!
en el ser de una muger
mi ser, oh virgen, trocad.

Virgen. Eso pretendes; tú quieres
angel divino inmortal,
como un don sufrir la muerte
y padecer y llorar.
Y tú quieres ser muger
porque quieres sufrir mas!
no sabes tú que mi hijo
tambien bajó por salvar
al hombre, y sufrió del hombre
penas y muerte fatal.
Y era un Dios y con su sangre
sentí humedecer mi faz,
y si el mundo te prepara
otro Calvario, qué harás?

Angel. Llevaré mi cruz.

Virgen. Si acaso
negros tormentos te dan,
y tus pies hasta la muerte
no te pudiesen llevar?

Angel. Iré de rodillas, madre,
hasta mi instante final.

Virgen. Hé aqui un alma que la tierra
devuelve á la eternidad.

(*Se ve pasar un alma bajo la forma de una llama.*)

Sor Marta en este momento
ha acabado de espirar.
Todos ignoran su muerte:
sobre el lecho funeral
resucitaré su carne
y en su carne vivirás.
Baja á la tierra... ya no eres
sino una pobre mortal,
sin mas apoyo en la tierra
que el amor y la piedad.
Ni un recuerdo solamente
de tu ser te restará...
ve á cruzar, pues tú lo quieres,
por ese mundo falaz.



ACTO TERCERO.

Una posada elegante en Madrid: á la izquierda del espectador una virgen pintada en la pared y alumbrada por una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

D. FADRIQUE. D. ENRIQUE.

Fadrique. Seguramente desde el Cid hasta nuestros dias no ha habido un hombre en toda España que pueda compararse con don Sandoval de Ojedo.

Enrique. Si dijeses don Juan de Marana seria de tu opinion.

Fadrique. Yo no conozco á ese don Juan.

Enrique. Yo tampoco; pero he oido contar de él cosas maravillosas.

Fadrique. Todo lo que he oido contar de don Juan lo he visto hacer á don Sandoval.

Pedro. (*Entrando.*) Quién habla de don Sandoval? Acaban de contarme de él una historia singular.

Enrique. Cuál?

Pedro. Sabeis quién es su padre?

Fadrique. Yo creo que el marido de su madre, don Carlos de Ojedo.

Pedro. Pero sabeis por qué medios obtuvo don Carlos ese hijo?

Enrique. Supongo que por los medios de costumbre.

Pedro. Ahí está el error. Habia diez años que estaba don Carlos casado sin haber podido obtener un heredero, cuando una noche que entraba en su castillo, despues de haber visitado todos sus dominios, desconsolado mas que nunca por no saber á quién legar una fortuna tan considerable, y un nombre tan noble, pasó por una oscura galeria, donde habia un cuadro representando á San Miguel y al diablo.

Grande fue su admiracion cuando vió que los personages no estaban en el lienzo, y en el instante mismo sintió que le tocaban en la espalda: volvió la cara y era el diablo. Estrañó mucho don Carlos esta familiaridad, y preguntó al espíritu maligno qué se habia hecho de San Miguel, y quién le permitia pasearse de aquel modo en vez de permanecer tranquilamente en la tela donde el pintor le habia colocado. A esta pregunta le respondió el demonio que cada cien años llamaba Dios á San Miguel para darle nuevas instrucciones, y que entre tanto gozaba él de algunas horas de libertad, y de un poder bastante grande para conceder algunas veces á los hombres lo que no podian obtener de Dios ni de los santos. Entonces....

ESCENA II.

Los mismos, y D. SANDOVAL.

Pedro. (*Bajando la voz.*) Se asegura que don Carlos le preguntó si podria tener un hijo, y el diablo le dijo que no habia nada mas facil; por manera....

Sandoval. Por manera que yo tengo dos padres, no es eso, Pedro? uno que se llama don Pedro Ojedo, y que está en el cielo, y otro que se llama Satanás, y que está en el infierno. ¡Gracias por la genealogía! (*Se dirige á una mesa y vuelve una silla.*) Señores, este es mi sitio. Yo voy á dar una serenata á doña Ines, condesa de Almeida; si hay en Madrid alguno á quien esto le desagrade me hallará debajo de sus ventanas.

ESCENA III.

Los mismos, menos D. SANDOVAL.

Enrique. Y bien, Pedro, qué dices ahora de esta historia?

Pedro. Que es maravillosa.

Enrique. Pues nada tiene que ver con lo que le acaba de suceder ahora á don Juan. (*Don Juan entra.*)

Fadrique. Y qué aventura es esa?
Enrique. Habeis de saber que el vino favorito de don Juan es el de Oporto.
Juan. Os engañais, señor, le agrada mas el de Valdepeñas.
Enrique. Bien. Ayer despues de haber bebido dos botellas de Valdepeñas...
Juan. Estais equivocado, fueron cuatro.
Enrique. Se paseaba por la orilla izquierda del Manzanares...
Juan. Os han contado mal la cosa, era por la orilla derecha.
Enrique. Puesto que lo sabeis mejor que yo, podeis contarlo.
Juan. De buena gana. Pues como decia, se paseaba don Juan por la orilla derecha del Manzanares, buscando fuego para encender su cigarro, cuando vió en la orilla izquierda un hombre que fumaba; le mandó que pasase el rio y le llevase fuego. Pero el fumador prefirió alargar el brazo, y lo alargó tanto, que atravesó el Manzanares y vino á presentar su cigarro á don Juan.
Fadrique. Y este que hizo?
Juan. Encendió el suyo y le dió las gracias. (*Va á sentarse en la silla de don Sandoval. Don Pedro le toca en la espalda.*)
Pedro. Caballero?
Juan. Quereis decir que es mentira?
Pedro. De ningun modo.
Juan. Pues entonces?...
Pedro. Os prevengo que esa silla está ocupada.
Juan. Qué importa?
Pedro. Por Sandoval de Ojedo.
Juan. Y qué mas?
Pedro. Sin duda sois forastero.
Juan. Tanto como un castellano nuevo puede serlo en Madrid.
Pedro. Entonces no conoceis á don Sandoval.
Juan. Sí, por su reputacion.
Pedro. Y os espondreis de ese modo....
Juan. Eso corre de mi cuenta. Gomez, una botella de Málaga, y dos vasos.

ESCENA IV.

Dichos, y D. SANDOVAL.

Sandoval. (*Dirigiéndose á don Juan.*) Señor mio?
Juan. (*Con altivez.*) Qué?
Sandoval. Os habeis sentado en esa silla...
Juan. Ya lo veis.
Sandoval. Y teneis intencion de permanecer en ella?
Juan. Sin duda alguna.
Sandoval. Solo hay una dificultad, y es, que esa silla la tenia yo ocupada.
Juan. Justamente la he tomado por eso.
Sandoval. Acaso no sabreis quién soy yo?
Juan. Sí, uno de ésos caballeros se ha tomado el trabajo de decírmelo.
Sandoval. Y os habeis sentado en esa silla sabiendo que es de don Sandoval? Vos sois don Juan de Marana.
Juan. El mismo: tocad esa mano, amigo mio, habeis encontrado á vuestro hombre.
Sandoval. Me alegro, porque hace tiempo deseaba conoceros.
Juan. Y yo tambien.
Sandoval. Estoy cansado de oir decir que hay en España un hombre cuya reputacion iguala á la mia.
Juan. Y yo tambien.
Sandoval. Por manera que yo os aborrezco.
Juan. Y yo tambien.
Sandoval. De ese modo, pronto nos entenderemos. (*Se sienta.*) Dicen que sois valiente.
Juan. Aqui está mi espada que responderá por mí.
Sandoval. Y gran jugador.
Juan. Aqui está mi bolsa.
Sandoval. Y afortunado en amores.
Juan. Aqui está mi lista.
Sandoval. La lista en primer lugar; cada cosa vendrá á su tiempo.
Juan. Y ninguna se hará esperar.
Sandoval. Está dividida en dos columnas.
Juan. Para mas claridad.
Sandoval. A un lado la mugeres seducidas....

Juan. Y en el otro los maridos engañados.
Sandoval. Empieza por Fausta, muger de un barquero...
Juan. Y acaba por la *signora* Luisa, querida de un Papa: ya veis que he recorrido toda la escala social, y que cada clase me ha pagado su contingente.
Sandoval. Estais equivocado.
Juan. Cómo?
Sandoval. El lobo ha entrado en el rebaño, es verdad, pero ha dejado escapar la mas tierna, la mas bella de todas las ovejas.
Juan. Cuál?
Sandoval. La del Señor.
Juan. Por Dios que es verdad; no hay ninguna religiosa. Señores, yo comprometo mi palabra de caballero de que antes de ocho dias estará cubierto ese vacío.
Sandoval. Ahora juguemos.
Juan. Como gusteis.
Sandoval. Gomez, cartas.
Juan. Gomez, dados.
Sandoval. Os agradan mas?
Juan. Es mas ligero.
Sandoval. Bien.
Juan. Cuál es vuestra puesta?
Sandoval. (*Arrojando su bolsa sobre la mesa.*) Todo lo que conmigo tengo.
Juan. Hay va la mia.
Sandoval. Vuestra bolsa parece que está mas llena que la mia.
Juan. Entre caballeros no se debe reparar en esas cosas.
Sandoval. (*Meneando los dados.*) A las tres veces?
Juan. A la primera si os agrada.
Sandoval. (*Echando.*) Cinco.
Juan. Siete.
Sandoval. La rebancha.
Juan. Como gusteis. Qué jugamos?
Sandoval. He perdido todo el dinero contante que tenia.
Juan. Es buena vuestra palabra?
Sandoval. Este broche vale mas.
Juan. Vaya contra esta cadena.
Sandoval. Bien; nueve.
Juan. Once.

Sandoval. Yo tengo en los Algarves un castillo de mis antepasados.

Juan. Cómo se llama?

Sandoval. Almonacid.

Juan. Escoged entre Olmedo, Villa Mayor y Aranda.

Sandoval. (*Echando los dados.*) Once por Villa Mayor.

Juan. Doce por Almonacid.

Sandoval. Ya nada tengo en el mundo mas que mi querida.

Juan. Su nombre.

Sandoval. Doña Ines, condesa de Almeida.

Juan. Pues bien, vaya esta bolsa, el broche y Almonacid, contra doña Ines de Almeida. Gomez, cartas. Jugaremos al primer as, puesto que con los dados teneis tal desgracia.

Sandoval. Quien ha dicho que erais un gran jugador no ha mentido; yo siento no haberos conocido ayer.

Juan. Por qué?

Sandoval. Porque hubiera jugado con vos cuarenta mil pesos que perdí anoche y he pagado hoy por la mañana.

Juan. Y yo hubiera jugado una linda andaluza que hace tres dias robé á mi hermano.

Sandoval. Y qué se ha hecho de ella?

Juan. El diablo lo sabe. Juzgad cuál seria mi sorpresa cuando al entrar en su habitacion encontré....

Sandoval. La puerta abierta?

Juan. No, la ventana.

Sandoval. Y á dónde caia?

Juan. Al Manzanares. (*Gomez entra las cartas.*)

Sandoval. Dadlas. (*Enrique da las cartas.*)

Juan. Vuestra querida es mia, don Sandoval.

Sandoval. Gomez, papel, tinta y plumas. (*Gomez trae recado de escribir.*)

Sandoval. (*Despues de haber escrito.*) Haz llevar esta carta á doña Ines, condesa de Almeida, Plaza Mayor.

Juan. Qué la decís?

Sandoval. Que un accidente me impide ir á su casa, y que la espero aqui.

Juan. Y ese otro billete?

Sandoval. Es para que se lo entregueis vos mismo.

Juan. Qué dice?

Sandoval. Que la he perdido al juego, y que en adelante os pertenece á vos: ahora escuchad lo que voy á deciros. Doña Ines, condesa de Almeida, es una muger altiva y celosa, que lleva siempre un puñal de Toledo en la liga, y un pomo de veneno en la cotilla.

Juan. Gracias, don Sandoval; tendrémos cuidado con doña Ines de Almeida.

Sandoval. Don Juan, yo empiezo á creer que sereis tan dichoso con la espada, como lo habeis sido con las cartas y los dados.

Juan. Es verdad; no me acordaba que teníamos que jugar esa nueva partida.

Sandoval. En el Prado, que como sabeis está dos pasos de aqui, os espero. Vamos, señores, seguidme.

ESCENA V.

D. JUAN *sólo.*

Ah! es una muger altiva y celosa, que lleva un puñal en la liga y un veneno en la cotilla: gracias, don Sandoval, haremos por guardarnos del uno y del otro.

ESCENA VI.

D. JUAN. DOÑA INES.

Ines. Qué os ha sucedido? qué teneis, don Sandoval? estais herido? Ah! quién sois vos, qué me quereis?

Juan. Yo soy un hidalgo castellano.

Ines. Qué hace don Sandoval? Dónde está don Sandoval?

Juan. En el Prado con sus amigos.

Ines. Y por qué está en el Prado, y vos aqui?

Juan. Esta carta os lo esplicará todo.

Ines. Dadme, dadme: ¿no veis que muero de impaciencia? (*Despues de leer.*) Esta carta no es de don Sandoval.

Juan. No conoceis su letra?

Ines. Oh! sí, es la suya; esplicadme esto.

Juan. D. Sandoval poseía un tesoro, cuyo precio no conocia; lo ha jugado, y lo ha perdido.

Ines. Pero yo no os amo.

Juan. Si vos aborreceis á don Sandoval...

Ines. Oh! si estuviese segura de que habia cometido semejante infamia...

Juan. No teneis otras cartas suyas? Comparadlas.

Ines. Sí, sí; esta es su firma; la misma que se atrevió á poner en la primera carta, en que me decia: «Doña Ines, vos sois hermosa: doña Ines, yo os amo.» Don Sandoval de Ojedo, el hombre que yo preferia á todo él mundo, á mi hermana, á mi madre; este mismo hombre es el que me vende? Juradme por vuestro honor que es cierto.

Juan. Por mi honor os lo juro.

Ines. Dios mio! Dios mio!

Juan. Y ahora le aborreceis, señora?

Ines. No, le desprecio.

Juan. Y á mí?

Ines. Sois noble?

Juan. Como el rey.

Ines. Valiente?

Juan. Como el Cid.

Ines. Y cómo os llamais?

Juan. Don Juan.

Ines. Don Juan, yo os amo.

Juan. Bien, hermosa mia.

Ines. Escuchad, antes de todo.

Juan. Ya escucho.

Ines. Cuando conocí á don Sandoval, hice un juramento que no puedo menos de cumplir.

Juan. Cuál?

Ines. No pertenecer á otro hombre mientras él viviese: ya veis que no puedo ser vuestra, mientras él no muera.

Juan. (*Tomando su capa.*) Teneis razon: morirá.

Ines. Cierto? morirá?

Juan. Tan cierto, que voy á buscarle en este instante al Prado.

Ines. Bien, bien; y traédle aqui, debajo de la ventana y que le vea yo caer, para que esté segura de que ha muerto.

Juan. Me esperareis aqui?

Ines. Si quereis, tomad la llave y encerradme.

Juan. Oh! no: yo tengo mucha confianza en vuestra palabra.

ESCENA VII.

INES *sola.*

Sandoval, Sandoval; de qué modo tan infame me has tratado: yo te habia hecho dueño de mi persona, de mi honor, y tú pagas de este modo mi confianza!.. Tu última voluntad es sagrada para mí; yo amaré á don Juan, pero ninguno de los tres se levantará mañana para contar á Madrid la causa de nuestra muerte. *(Echa veneno en una botella.)* Esos caballeros orgullosos, creen porque traen una espada al lado, que ellos solos pueden vengarse, y que únicamente el hierro da la muerte! Por esto se burlan de nosotras, pobres mugeres, sin defensa y sin valor! Se oyen pasos. (*Abre la ventana.*) Dos hombres se acercan por este lado y se detienen debajo de la ventana: son ellos: la noche es tan oscura, que no puedo distinguir cuál de ellos es don Sandoval, ni cuál es don Juan. ¡Sacan las espadas! ¡se baten! ¡un grito! ¡uno de los dos cae! ¿cuál será de los dos? ¿si será don Juan? Oh, desgracia! ¿y quién me vengaria entonces?... Alguien sube. ¡Don Juan!

ESCENA VIII.

D. JUAN. INES.

Juan. Estais libre, doña Ines.

Ines. Sí; le he visto caer.

Juan. Era un noble caballero don Sandoval.

Ines. Estamos aqui para hablar ahora de don Sandoval?

Juan. Teneis razon, por mi vida, teneis razon; la vida es tan corta, que no debemos desperdiciar ni una hora, ni un minuto, ni un segundo. Olvidemos lo pasado, y gocemos de lo presente. A nuestros amores, doña Ines. (*Presentando su vaso á doña Ines: esta le echa vino.*)

Ines. A nuestros amores, don Juan.

Juan. Qué cosa tan santa es el amor, cuando dos corazones nacidos el uno para el otro respiran unidos como dos flores que crecen en un mismo tallo; sin embargo, nadie puede decir, viendo sonreir á una muger, que esta sonrisa no esté exenta de perfidia. Muy buena cosa es el vino; pero en el mejor puede derramar un veneno la mano de un enemigo. «Don Juan, me decia don Sandoval espirando: no bebais nunca del vino que os sirva una querida que no os ame, si ella no lo bebe antes. Era un hombre de mucho talento don Sandoval. Qué decís á esto, señora? (*Doña Ines bebe sin responder palabra.*) Gomez!

Gomez. Señor! (*Trae en la mano una botella.*)

Juan. Qué vino es este?

Gomez. Montilla.

Juan. Y el que tú traes en esa botella?

Gomez. Valdepeñas.

Juan. Échame Valdepeñas. (*Gomez le echa vino.*) Bien, marcha. (*Va á tocar su vaso con el de doña Ines, y esta deja caer el suyo.*) Qué es eso, amor mio?

Ines. Nada, nada.

Juan. (*Levantándose.*) Nada, sino que doña Ines ha tomado á don Juan por un estudiante de Salamanca, y se ha dicho á sí misma: yo incitaré á este hombre para que mate á mi amante que me ha vendido, y despues me envenenaré con él. Seguramente hay grandeza de alma y valor en esa resolucion: pero yo soy jóven, rico y noble, y tengo una aficion estremada á mi vida. (*Tomando su capa.*) Teneis alguna comision que darme para este mundo, señora?

Ines. Decid á mi hermana Marta, que es una santa religiosa del convento del Rosario, que ruegue por el alma de esta pecadora.

Juan. Lo haré como me lo mandais. Asi como asi, no sabia yo cómo encontrar un pretesto para entrar en una de esas santas casas. (*Apurando su vaso.*) Gracias, doña Ines, gracias.

SEGUNDO INTERMEDIO.

(El teatro representa el panteon de los condes de Marana, con una escalera en el fondo.)

ESCENA PRIMERA.

D. JOSÉ. EL ÁNGEL MALO *y la efigie del* CONDE DE MARANA *recostada sobre su tumba.*

Angel malo. Perdonadme, señor mio, si os he dejado solo.... pero tuve que ir con urgencia á Madrid, para llevar un mal consejo á vuestro hermano.

José. Bien.

Angel malo. Y él sigue los mios de tan buena fé, que á estas horas van caminando dos almas hácia el infierno con pasaportes de don Juan.

José. Tanto mejor; que la cólera divina caiga sobre su cabeza.

Angel malo. (*Deteniéndose.*) Si vuestra señoría no estuviese tan de prisa, le haria observar que en este momento atravesábamos por una mina de plata que no pertenece á nadie, y que espera que venga alguno á hacerse rico.

José. Tú sabes que no es eso lo que yo busco. Anda, diablo.

Angel malo. Mirad... oro, oro puro. Loco debia estar el rey Fernando, cuando envió á buscar á Méjico lo que tan fácilmente podia encontrar en esta hermosa tierra. Mirad, señor mio, oro! Id á decir al rey este descubrimiento, y os permitirá sin duda que os cubrais en su presencia, y acaso tambien os colgará al cuello una cadena con un borrego en su estremo.

José. No tengo tiempo para pensar en eso... anda.

Angel malo. Perdonad; pero por mas melancólico que esteis, no puedo menos de ofreceros este diamante: mirad... es tan grande, que cuando volvais á la

tierra podeis, dividiéndolo en tres pedazos, comprar la sultana de Soliman, la querida de Francisco I, y la muger de Enrique VIII.

José. No hay mas que una muger en el mundo á quien yo desearia poseer, y esta habrá muerto ó estará deshonrada: ah! es preciso que yo la vengue.

Angel malo. Ya hemos llegado: estas son las paredes del panteon donde está sepultado vuestro padre.

José. Y la puerta?

Angel malo. Como quisisteis venir por el camino mas corto!...

José. Y la puerta?

Angel malo. Está al otro lado!

José. Y cómo entraré?

Angel malo. No os aflige mas que eso? Esperad. (*La pared se desploma á un soplo del diablo.*) Podeis pasar, señor mio, que yo no quiero arriesgarme entrando en tierra santa. (*Se sienta en el último escalon.*)

José. Perdonadme, padre mio, si vengo á visitar vuestra tumba, con otras palabras en la boca que las de la plegaria, con otro sentimiento en el corazon que el amor filial. Pero sabeis lo que ha sucedido, padre mio? Ah! si es cierto que habeis amado á mi madre con un amor puro; si es cierto que yo soy vuestro hijo primogénito; si es verdad que en el momento de vuestra muerte queriais hacerme reconocer por heredero de vuestro nombre; si este pergamino es la espresion de vuestra voluntad; si la muerte sola ha hecho caer de vuestras manos la pluma con que ibais á autorizar mi reconocimiento como vuestro hijo legítimo; por el amor del amante, por el cariño del padre, por el honor del caballero, yo os conjuro, ¿lo oís? Vuestro hijo, aquel sobre cuyo pecho exhalásteis el último suspiro; vuestro hijo desesperado os conjura, para que pidais á Dios que desate las cadenas de hielo con que estais atado á esa tumba, y pongais vuestra firma al pie de este acta. (*La efigie del conde se levanta lentamente, toma la pluma y el pergamino de las manos de don José; firma, y vuelve á recostarse.*

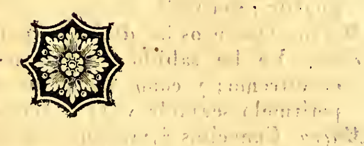
José. Padre! padre mio! (*Le toma la mano.*) Está

helada! inmóvil! seria una ilusion! pero este pergamino está firmado. Ah! ya no soy un bastardo, ya no soy un vasallo! Soy don José de Marana, un caballero, y puedo llevar espada... Desgraciado de tí, don Juan. (*Sube por la escalera.*)

Angel malo. No me esperais, señor?

José. Ya no tengo necesidad de tí.

Angel malo. (Yo sí te necesito todavía.) (*Se va detrás de don José.*)



ACTO CUARTO.

PRIMERA PARTE.

Una iglesia con tumbas.

ESCENA PRIMERA.

SOR MARTA, *arrodillada y rezando:* DON JUAN *sale por la derecha.*

Juan. (*Ofreciendo á Marta agua bendita.*) Dios os guarde, hermana Marta.
Marta. Quién os ha dicho mi nombre?
Juan. Lo he sabido por una persona que os amaba en estremo; y como su voz moribunda no podia repetírmelo segunda vez, lo retuve á la primera.
Marta. Conocíais á mi hermana Ines?
Juan. Yo estaba á su lado cuando exhaló su último suspiro.
Marta. Sí; yo vi entrar ayer en esta iglesia muchas gentes que traian un cadáver y lloraban: les pregunté la causa de su afliccion, y me dijeron que era por doña Ines de Almeida, la madre de los pobres, que habia muerto. Yo entonces les dije: «lloremos juntos, porque doña Ines era mi hermana.»
Juan. Doña Ines está sepultada en esta iglesia? Tanto mejor; asi verá que cumplo fielmente sus últimas disposiciones.
Marta. Ella tenia una profunda veneracion á nuestra Señora del Rosario; de tal modo, que antes de su muerte habia mandado levantar aqui su tumba. Dios os bendiga, señor, pues habeis conocido á mi hermana.
Juan. Y no quereis oir sus últimas palabras?

Marta. Sí, sí; decídmelas sin olvidar una sola, sin cambiar una sílaba.

Juan. «Don Juan, me dijo: id al convento del Rosario y preguntad por mi hermana: decidla que un caballero me habia insultado y vos me vengasteis; pero añadid que yo no he podido sobrevivir á este insulto, y que con mi muerte queda por única heredera de mis bienes y mi título.»

Marta. Asi tendré un sacrificio mas que hacer á Dios.

Juan. Y sacrificareis igualmente vuestros quince años, vuestro corazon que aun no ha palpitado, y vuestra hermosura que haria dichoso á un rey?

Marta. (*Queriendo alejarse.*) Hermano, nos está prohibido oir palabras mundanas.

Juan. Pero no cuando salen de la boca moribunda de una hermana, y yo os juro por su alma que nos escucha, que no hago mas que repetir sus mismas palabras. Ella me dijo: «Don Juan: vos sois un caballero leal, un amigo sincero y un hombre religioso, incapaz de estraviar el alma de una jóven tierna y virtuosa: decidla que si se siente con una vocacion real por la vida monástica, si no ha pensado nunca en el mundo, ni echado de menos sus placeres, en ese caso, que legue sus bienes al convento y ruegue por mi alma.»

Marta. Ay!

Juan. «Pero si por el contrario, tiene presente al mundo que ha dejado con todos sus encantos y delicias, si el claustro le parece desierto y su celda estrecha, decidla que confie en vos, pues estais instruido en materias de religion, sus pesares, sus dudas, sus esperanzas, y vos la aconsejareis como convenga.» Ahora Marta, en nombre de vuestra hermana, os pregunta vuestro hermano... ¿sois feliz?

Marta. Oh! Dios mio! yo esperimento unas emociones tan desconocidas, y oigo en mis sueños unas palabras vagas que no comprendo!.. yo no he tenido valor para confesar todo esto á nuestro santo director.

Juan. Por qué temeis? Esas emociones son sin duda las de vuestra edad; es la necesidad de amar y ser amada; son los latidos de un corazon de diez y ocho

años lleno de sangre española : es la pereepcion todavía vaga de esos transportes deliciosos que el amor dispertará mas tarde en vuestra alma : son los presentimientos de una felicidad futura, que os parecen recuerdos perdidos de una felicidad pasada.

Marta. Sí, sí... eso es sin duda.

Juan. Esas palabras vagas, eso es la voz del mundo que os llama y que os dice : «Marta, me han calumniado á tus ojos ; yo no soy tal como te han dicho, lleno de seducciones engañosas é infernales : no soy el camino de la perdicion que conduce al imperio de Satanás ; yo soy un jardin de delicias, en el que la hermosura es reina y manda. Ven, Marta, tus ojos estan iluminados por el fuego de tu alma ; tú eres hermosa ; ven, Marta, ven... aqui te aguarda un trono.

Marta. Oh! todo eso oigo yo en mis delirios.

Juan. Y entre esas ilusiones y esos sueños, ¿no habeis creido ver algunas veces á un gallardo mancebo que se acerca á vos y os dice : «Marta, hermosa mia, yo he soñado contigo desde que empezaron los dias de mi juventud... te voy buscando por el mundo y no te encuentro. ¿Por qué te ocultas en la sombra de un claustro, en vez de brillar al sol de nuestras ciudades? Flor preciosa ; tú debes crecer en un jardin y no sobre una tumba. Ven, Marta, abre las puertas de tu convento... ellas dan paso al mundo ; es decir, á la felicidad, á la vida, al amor.»

Marta. Asi es... yo no sé por qué magia adivinais mis mas ocultos pensamientos. Ese mancebo, sobre todo, es ente ideal de mis sueños : ¿quién os ha dicho que venia á verme por las noches?

Juan. Quién me lo ha dicho, Marta? si no me comprendeis soy el hombre mas desgraciado.

Marta. (*Mirándole.*) Dios mio!.

Juan. Yo os he reconocido! desde el momento en que os ví me dige á mí mismo ; esta es la esposa que yo buscaba, la adorada de mi corazon.... sí, porque yo os habia visto en mis sueños como vos me habeis visto en los vuestros.

Marta. Pues bien, escuchad, y que Dios me perdone ; yo no sé si hago mal..... pero es tan estraordinario

lo que os voy á decir! Yo no os habia visto nunca hasta ahora, estoy segura, y sin embargo me parece haberos ya visto en otro mundo si no en este. Habeis hablado, y el sonido de vuestra voz me ha hecho estremecer y me ha inundado de una melodía familiar á mi oido. Habeis dicho vuestro nombre, don Juan, yo estoy cierta de que no conocia á ninguno de vuestro nombre, y á pesar de eso me parece haberlo pronunciado alguna vez, no sé dónde, ni cuándo; porque hay un velo entre mi cuerpo y mi alma, porque me parece que en este momento obedezco á un poder sobrehumano que me impulsa hácia vos, que hace renacer en mí antiguos pensamientos, que arranca de lo mas profundo de mi corazon palabras que dormian olvidadas. Oh! perdonadme, Dios mio.... tened piedad de mí! aqui en vuestra santa iglesia iba á decir: «Don Juan, yo os amo.»

Juan. Marta, ¿y no es en las iglesias donde se hacen esos juramentos de amarse eternamente?

Marta. Sí, pero cuando el amor no es un crimen.

Juan. Y cuál amor puede ser mas puro que el nuestro?

Marta. Ignorais que estoy consagrada á Dios con votos eternos?

Juan. Y vos ignorais que hay en el mundo un hombre que puede relevaros de esas promesas?

Marta. El Santo Padre!

Juan. Iremos á buscarle, Marta.

Marta. Juntos?

Juan. Juntos.

Marta. Y cómo?

Juan. Huireis.

Marta. Con mi amante?

Juan. Con tu esposo. (*Poniéndola una sortija.*)

Marta. Ah!

Juan. Le diremos que ya hace mucho tiempo que nos amábamos, y esto es verdad, porque nosotros nos amamos desde el dia en que el uno vió en sus sueños al otro. Nos arrojaremos á sus pies, y nos bendecirá, y tendremos una vida de delicias y de amor, en lugar de esta vida que ahora pasamos triste y solitaria.

Marta. Y desde este dia soy tu esposa.

Juan. Marta, condúceme á la tumba de tu hermana.

Marta. No, don Juan, no mezclemos á la muerte con las esperanzas de la vida. Vos me habeis dado vuestra palabra delante de Dios y esto basta. (*Suena una campana.*) Nos llaman para rezar la oracion; si no fuese, podrian notar mi ausencia.

Juan. Bien, pero concluida la oracion...

Marta. Me tendreis aqui. Y vos me esperareis?...

Juan. Oh! sí.

Marta. Que yo os encuentre, porque si no moriré de pesar.

ESCENA II.

D. JUAN *solo.*

Hasta luego. Perfectamente! esto sí que es delicioso; encontrar una de estas blancas palomas cuyo plumage no ha marchitado aun el soplo humano! Qué confiada es y qué crédula! Otra muger educada en el mundo me hubiera hecho malgastar ocho dias: es verdad que á estas las engañan tan á menudo!.... Hasan! Hasan. (*Sale Hasan.*) Vé á esperarme en esa callejuela que está detras de las paredes del convento: toma mis mejores caballos, y provéete de una escala de cuerdas, que echarás por encima de la tapia cuando oigas dar tres palmadas.

Hasan. Lo haré asi. (*Vase.*)

Juan. Perdonadme, doña Ines, si no he seguido fielmente vuestras instrucciones; pero es tan hermosa vuestra hermana, que no he podido menos que hablarla de amor. Si yo supiese cuál de estas tumbas es la vuestra....

La estátua que está arrodillada sobre el sepulcro de doña Ines. Esta.

Juan. Hola! yo creo que esa estátua ha hablado. Escucha, muger ó estátua, angel ó demonio, voz del cielo ó del infierno, habla segunda vez, ó te juro en nombre de Dios que iré á levantar tu velo de mármol para ver de qué boca han salido esas palabras.

La estátua. Ven.... mira y escucha. (*Las estátuas de los demas sepulcros se van animando sucesivamen-*

te, y conforme lo indica el diálogo. El órgano toca el De profundis.)

Rafael. Yo soy don Rafael, reverendo prior de dominicos: sin piedad, sin religion, sin respeto á mi ministerio, levantó don Juan contra mí el puñal..... Venganza contra el matador, venganza!

Carolina. Yo soy doña Carolina de Valencia: cuando iba á la cita que don Juan me dió, encontré una rival que me asesinó diciéndome: Carolina, don Juan es quien te mata. Venganza, señor, venganza!

Victoria. Yo soy doña Victoria de Sevilla: don Juan me dejó por otra muger, y yo asesiné á su nueva querida: la inquisicion me condenó á ser quemada... venganza contra don Juan, venganza!

Teresa. Yo soy doña Teresa, prometida esposa de don José. Don Juan me arrebató desmayada, y cuando volví en mí estaba cubierta de afrenta.... yo no pude sobrevivir á mi deshonra y me arrojé al Manzanares. Venganza contra el matador, venganza.

Sandoval. Yo soy don Sandoval de Ojedo: jugué con don Juan mis bienes, la tumba de mis padres, y el corazon de mi querida... todo lo perdí!... jugué con él la vida y la perdí tambien. Venganza contra el matador, venganza.

La estátua de doña Ines. Nadie levanta su voz en favor de don Juan?

La voz del conde de Marana. Yo soy el viejo conde de Marana. Señor, tened piedad de mi hijo.

La estátua de doña Ines. Dios concede á don Juan una hora para arrepentirse. (*Todas las estátuas vuelven á su primera posicion. Don Juan cae de rodillas.*)

ESCENA III.

D. JUAN. SOR MARTA *entrando.*

Marta. Aqui estoy, don Juan, aqui me teneis pronta á seguiros. Mi amante, mi esposo...

Juan. Yo no soy don Juan tu amante, yo no soy don Juan tu esposo.... yo soy el hermano Juan el trapense. Marta, acordaos de que hemos de morir. (*Marta da un grito y cae desmayada á los pies de don Juan.*

SEGUNDA PARTE.

Cementerio de un convento de la Trapa: en medio una gran cruz de piedra rodeada de cipreses. Varias tumbas esparcidas, y á los lados dos brechas practicables en la pared, por las que se deja ver el campo.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN. (*Abriendo una sepultura en la tierra.*)

He querido rezar esta noche y no he podido... he querido dormir, y no he podido tampoco. Es el mismo Dios el que hace las noches tan apacibles para unos y tan desesperadas para otros? Apenas he cerrado los ojos cuando me pareció que veia abrirse las paredes de mi celda, y entonces veia el mundo..... el mundo! por qué me persigue cuando huyo de él? Los bailes, las canciones, las orgias.... todo esto veo en derredor de mí, y por mas que quiero cerrar mis ojos y mis oidos, veo y oigo. Me arrojé de mi lecho y bajé al cementerio..., el cielo parecia abrirse!.. relámpagos brillantes como la espada ardiente de los arcángeles disipaban la oscuridad de la noche! oh! á lo menos el desorden de mis sentidos estaba en armonia con el de la naturaleza. ¡ Ay ! si basta el soplo de Dios para disipar estos tormentos, que sople sobre mi frente antes que la vea quebrarse sobre la piedra de esas tumbas,

ESCENA II.

D. JUAN. MARTA *que entra por una de las brechas con un vestido blanco desgarrado, y los cabellos esparcidos.*

Marta. Qué hermoso jardin! cuántas margaritas hay! bien pronto tendré bastantes para hacerme con ellas

una corona... si no me cogen. (*Se oculta tras de un ciprés.*) Don Juan! Don Juan!

Juan. Dios mio! no es Marta? Señor! dadme resistencia contra el amor. (*Queda inmóvil.*)

Marta. Pero si vienen detras de mí me ocultaré como anoche en los nidos de los pájaros..... ay! de noche hace frio.

Juan. (*Tendiéndola los brazos.*) Marta! Marta!

Marta. Los pájaros cantan cuando se despiertan: yo sé lo que cantan porque soy su hermana. Esta mañana decia uno....

En tiempos viví mejores
en horas ledas y bellas,
cuando yo pisaba estrellas
como agora piso flores...

(*Viendo a don Juan.*) Una estátua! se ha dormido al sol!... ah! el sol hace bien... (*Sentándose á los pies de don Juan.*) el sol viene de Dios. Ah! ah! (*Riéndose.*)

Juan. Pobre niña! está demente!

Marta. Don Juan! don Juan! ven, aqui te espero..... mira qué bella estoy.—Mira qué hermosa corona tengo!

Juan. Tened piedad de mí, Dios mio! tened piedad de mí.

Marta. Y luego, yo soy rica: yo he heredado todas las posesiones y todas las riquezas de mi hermana Ines que murió envenenada.

Juan. Quién te ha dicho eso?

Marta. (*Levantando la cabeza.*) Ines..... ella viene á verme todas las noches; porque aunque su cuerpo ha sido sepultado en tierra santa, su alma anda errante.... y ella tambien canta como los pájaros cuando se despiertan; pero tristemente, tristemente..... tristemente....

Yo no tengo tumba
ni en la muerte paz...

Mira, mira... no la ves que pasa por allí? sí, hermana, yo sacaré tu cuerpo de esa iglesia para que tu alma pueda venir á visitarlo, y lo cubriré con tierra, y en esta tierra plantaré flores..... las flores caen bien sobre las tumbas. Ellos querian impedirme que me reuniese á tí... no saben que yo tengo alas...

no lo saben. (*Empieza por reir y acaba sollozando.*) Ah! Ah!... oh! cuánto sufro, Dios mio!

Juan. Marta, vuelve en tí, hija mia, mi hermana!

Marta. Dejadme.... yo sabia una oracion.... (*Arrodillándose.*)

Hermosa virgen Maria,
madre santa de piedad...
bienaventurada madre
del hijo de Jehová!...

Ya no me acuerdo... si me acordase creo que cesaria de padecer. (*Pone la mano en su frente como si quisiera recordar alguna cosa: despues su fisonononomia indica que le ocupan otros objetos.* Eh! ya he perdido mis flores. (*Se levanta.*) Tendré que buscar otras... pero ya he cojido todas las que aqui habia. (*Yéndose.*) Don Juan, don Juan. (*Vase.*)

Juan. Dios justo! qué fatal soy para los que me rodean y aun para mí mismo! todo lo que yo toco se marchita y se quiebra, y los que no pierden por mi la vida, pierden la razon.

ESCENA III.

D. JUAN. D. JOSÉ *y el* ANGEL MALO.

Angel malo. Por aqui, don José, por aqui.

José. En un claustro?

Angel malo. No habeis oido hablar nunca de cierto lobo que se hizo ermitaño? Ahí le teneis.

José. En ese trage? estás seguro de que es él?

Angel malo. Miradlo.

José. Sí, ya le he conocido! (*Se aproxima á don Juan, deja caer la capa y pone en el suelo dos espadas.*) Te encuentro por fin!

Juan. Seas bien venido, hermano.

José. Yo te saludé del mismo modo cuando te encontré en mi castillo de Villa Mayor. Verdad es que yo me olvidé de convidarte á mi boda, pero tambien tú te has olvidado de convidarme á la toma del hábito. Conoces este pergamino?

Juan. Es el que yo arranqué de las manos del moribundo fraile... el Señor me perdone.

José. Conoces esta firma?
Juan. Es la de nuestro buen padre!... el señor ha hecho sin duda un milagro, y yo le doy las gracias.
José. Es decir que yo soy caballero.
Juan. Sí, hermano.
José. Y que debes prestarme homenage como á tu hermano mayor.
Juan. Estoy pronto á hacerlo.
José. No es eso lo que quiero.
Juan. Pues qué?
José. Aqui hay dos espadas... escoge.
Juan. Y qué quieres hacer con ellas?
José. Te presento dos espadas y tú me preguntas lo que se hace con dos espadas! Voy á decirte por qué las he traido: porque te aborrezco con el aborrecimiento de un hermano; porque la tierra es muy estrecha para los dos, y porque tú debes tener sed de mi sangre como la tengo yo de la tuya, y que es preciso que el uno de los dos beba la sangre del otro. Vamos, aqui hay dos espadas, y ahi una tumba abierta...
Juan. Yo la he abierto para mí, y si no quieres mas que mi vida, aqui la tienes... hiéreme.
José. Si hubiese querido asesinarte hubiera tomado un arcabuz... vamos!
Juan. Hermano mio! yo te pido perdon de rodillas, con los ojos bañados de lágrimas, y mi frente clavada en la tierra.
José. Levántate, hipócrita.
Juan. Obedezco.
José. Toma una de esas espadas.
Juan. Adios, hermano.
José. Dónde vas?
Juan. Déjame.
José. Tú te has olvidado ya de todo.
Juan. Si asi fuese, no estaria aqui.
José. Eso es, y porque cansado de cometer crímenes, y harto ya de sangre, has venido á pedir asilo en un claustro, crees evitar el castigo que mereces. Y quién me vengará de tí, si yo no me vengo?
Juan. Mi arrepentimiento.
José. Volverá tu arrepentimiento el honor y la vida á

mi esposa? me volverá mi felicidad que se ha quebrado entre tus manos? Por qué no me diste la muerte como á Teresa? bien pudiste hacerlo, pero has hecho mas que eso: me has envilecido. Vamos, ya ves que he venido á batirme contigo, y que es preciso que nos batamos.

Juan. Nunca!

José. Yo sabré obligarte á ello; yo haré contigo lo que tú hiciste conmigo. Tú me arrojaste á la cara este pergamino... (*Se lo arroja.*)

Juan. Señor, dadme humildad.

José. Tú me desgarraste mis vestidos. (*Le desgarra el hábito.*)

Juan. Señor, dadme paciencia.

José. Tú me hiciste dar de palos por tus criados.

Juan. Tú harás mas que eso.... tú me harás perder mi alma.

José. Toma. (*Dándole un golpe con la espada.*)

Juan. (*Lanzándose á coger su espada.*) Ah!

José. Por fin! (*Se baten: don José cae herido dentro de la sepultura abierta por don Juan.*)

Juan. Herido!

José. Sí, el hermano herido por el hermano, el hermano maldiciendo al hermano. (*Muere.*)

Juan. (*Le mira un instante, y despues toma la capa y sombrero de don José.*) Don José en la tumba de don Juan! Pues señor, el diablo no quiere que yo sea su ermitaño. (*Vase.*)

Angel malo. Demonio del orgullo... yo contaba contigo, y no me has engañado... gracias!

ACTO QUINTO.

PRIMERA PARTE.

Una celda en el convento del Rosario: Marta recostada sobre su lecho, y sor Ursula arrodillada delante de alguna imágen.

ESCENA PRIMERA.

MARTA. URSULA.

Marta. (*Como despertando.*) Ay!
Ursula. Hermana mia?
Marta. Sois vos, Ursula?
Ursula. Ya me conoceis!...
Marta. Sí, sí... he tenido un delirio espantoso... ¿no es verdad?
Ursula. Cierto, y os fuisteis del convento y habeis vagado por llanos y montañas, espuesta al calor del dia y al frio de la noche. ¿Pero en adelante no nos dareis otro pesar... me lo ofreceis?
Marta. Sí, porque ya he recobrado la razon.
Ursula. Cómo se va á alegrar toda la comunidad... Voy á participar á todos esta buena noticia.
Marta. No vayais, no... Dios me ha devuelto la razon, pero no la vida... me ha quitado mis delirios, pero no mi amor. Corred, yo os lo suplico... buscad á nuestro santo director, y decidle que una moribunda reclama su ausilio.
Ursula. Voy al punto.

ESCENA II.

MARTA *sola.*

Oh! yo creo que no ha de llegar á tiempo... Dios mio!

morir sin volver á ver á don Juan! morir sin oirle decir otra vez que me ama! morir dejándole en el mundo, donde me olvidará! donde amará sin duda á otra! Yo daria mil años de mi eternidad por pasar un dia mas á su lado.

Angel malo. Ese es un negocio que puede muy bien hacerse.

Marta. Quién habla áhí?

Angel malo. El que tú has llamado.

Marta. Qué venís á hacer aqui?

Angel malo. No has ofrecido mil años de tu eternidad por pasar un dia al lado de don Juan?

Marta. Sí.

Angel malo. Pues bien, yo lo acepto.

Marta. Pero semejante pacto solo puede hacerse con Dios ó con el diablo.

Angel malo. Yo vengo en nombre de uno de los dos: ¿qué importa cuál sea, con tal que se concluya el negocio?

Marta. Oh! tú eres el demonio.

Angel malo. Marta, aun te restan cinco minutos de vida.

Marta. Tienes razon; ya no veo ni oigo apenas.

Angel malo. Ya no volverás á ver á don Juan.

Marta. Yo quiero verle.... quiero verle á cualquier precio.

Angel malo. Nada hay mas fácil.

Marta. Qué quieres que haga?

Angel malo. Firmar este pergamino.

Marta. Qué contiene?

Angel malo. El pacto propuesto.

Marta. Mil años por un dia!

Angel malo. Ni un instante mas, ni un segundo menos. Seria nulo si no fuese exacto.

Marta. Cuándo lo veré? (*Se oye llamar.*)

Angel malo. Llamando está á la puerta del convento.

Marta. Yo habré muerto ya cuando llegue á esta celda.

Angel malo. Qué importa, si resucitarás cuando él entre?

Marta. Dame la pluma.

Angel malo. Espera. (*La hiere ligeramente en el brazo.*)

Marta. Ah! sangre.

Angel malo. No es nada... con ella has de firmar.
Marta. No sé... si tendré fuerzas... Ay! (*Firmando.*) yo muero... (*Deja caer la pluma.*)
Angel malo. A fe mia ha sido fortuna que su nombre no tuviese mas que dos sílabas. (*Desaparece.*)
Marta. Don Juan, don Juan... (*Muere.*)

ESCENA III.

MARTA. SOR URSULA *y un* TRAPISTA.

Ursula. (*Abriendo la puerta.*) El director no estaba en el convento, hermana mia, pero aqui teneis un santo religioso que se ha encargado de reemplazarle...
Juan. Al ejercer tan terrible empleo, mas he contado con mi celo que con mis méritos... Espero que Dios me ayudará. Dejadnos solos, hermana.

ESCENA IV.

D. JUAN. MARTA.

Juan. Pues señor, no va esto muy mal... ya estoy en medio del rebaño, y Hasan me espera debajo de esta ventana. (*Acercándose al lecho.*) Segun parece, la penitente del director no ha enfermado de vejez. Hermana? Está sin duda desmayada. (*Tocándola una mano.*) Está fria! muerta... Pobre niña! tan jóven, morir en un claustro, sin haber gozado de la vida, sin haber conocido el amor! Tesoro ignorado! diamante perdido! por qué no te he encontrado yo risueña y encantadora en el mundo, en vez de hallarte fria y pálida sobre este lecho fatal? Yo te hubiera amado, porque sin duda eres linda: esos hermosos cabellos no pueden ocultar una cara fea. (*Apartando los cabellos que la cubren el rostro.*) Dios mio! oh! no... no es posible! esas son sus facciones. Marta, Marta! fria!... inanimada!... muerta!... Ah! Don Juan... qué espíritu infernal has irritado, que nada te sucede bien? Y ahora, ¿á quién me dirijiré, habiendo ofendido á Dios con mis pecados, y

para mí, un tiempo de felicidad en que mis deseos se cumplian antes de haberlos formado... entonces creo que si te hubiese encontrado muerta, no hubiera tenido mas que decir: «quiero que viva,» y tu alma se hubiese detenido en la mitad de su camino para volver á animar tu cuerpo. Marta! adorada mia! Se ha movido! (*Marta se sienta en el lecho.*) Sí... Marta! (*Tomándola una mano.*) Fria! siempre fria! Háblame; yo te lo suplico, para que crea que aun vives... una palabra! una palabra!

Marta. Don Juan.

Juan. Mi fortuna no me ha abandonado... yo soy siempre el mismo, afortunado y poderoso. Marta, ahora eres mia, y todo el poder del cielo y del infierno no podrán arrancarte de mis brazos. (*Abriendo la ventana.*) Hasan!

Hasan. (*Dentro.*) Señor?

Juan. Estan ahí los caballos?

Hasan. Aqui estan.

Juan. Y la escala?

Hasan. Tambien.

Juan. (*Despues de atar la escala á la ventana.*) Vamos, querida mia... el amor y la felicidad nos esperan. Quieres seguirme?

Marta. (*Con acento solemne.*) Escuchad! (*Da el reloj las doce.*) Las doce!

Juan. Y bien?

Marta. Vamos. (*Mientras se dirigen á la ventana, cae el telon.*)

SEGUNDA PARTE.

Interior de un antiguo castillo arruinado, dejándose ver á lo lejos una montaña. Es de noche, y el teatro está alumbrado solamente por el resplandor de la luna y las estrellas.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN *y* MARTA *entrando por entre las ruinas.*

Juan. Por vida, que no he visto nunca un modo de viajar semejante. Ciento cincuenta leguas en veinte horas! no parecia sino que el diablo tenia algun negocio importante que hacer, y para viajar con mas descanso se habia metido en el vientre de nuestro caballo. Pero si ha dado pruebas de ligereza, no las ha dado en cuanto al gusto que ha tenido para escoger posada. Sin duda debes estar rendida de cansancio, pobre niña! Es preciso que busquemos otros vestidos, porque no siempre hemos de caminar por llanuras desiertas y montañas áridas; y si no queremos ser descubiertos, fuerza será disfrazarnos. Este maldito castillo no tiene trazas de estar habitado sino por buhos y lechuzas. Hola! no hay nadie? Escuderos! camareras!... nadie! Será preciso volver á montar y buscar en otra parte posada.

Marta. Esperad. (*Hace seña con una mano y por la derecha salen mugeres y por la izquierda criados.*)

Juan. Ah! parece que ejerceis aqui grande influencia!

Marta. Este es un castillo que perteneció á mi hermana Ines. Don Juan, podeis mandar lo que gusteis á esos escuderos: yo voy á seguir á estas mugeres: luego volveré á buscaros aqui.

Juan. Me lo prometeis, Marta?

Marta. Os lo juro.

ESCENA II.

D. JUAN. *Fantasmas con dominó y careta.*

Juan. Perfectamente! baile de máscaras... ya voy viendo que no es tan triste como yo pensaba mi nueva habitacion. (*A una máscara.*) Mi graciosa Odalisca, me quereis por vuestro sultan?

Máscara. Seguramente; ¿dónde podia hallarle mas galan, mas leal, y sobre todo mas fiel?

Juan. Eso sí, fiel! ya veo que me conoces á fondo, bella máscara: mis amores duran tanto como la vida.

Mascara. Como la vida de las que mueren por tí; ¿no es cierto?

Juan. Te engañas, porque su recuerdo vive siempre en mí, y se graba eternamente en mi corazon.

Máscara. Sí, de tal modo, que si por un milagro las volvieses á ver al cabo de ocho dias, no las conocerias.

Juan. Yo no sé si te he amado nunca, máscara; pero si es asi, haz la prueba y te desengañarás.

Máscara. Respondes de conocerme?

Juan. Aunque no te haya visto mas que un minuto.

Máscara. Lo quieres?

Juan. Te lo suplico.

Carolina. (*Quitándose la máscara.*) Pues bien, mira.

Juan. Carolina!

Carolina. Tienes mas memoria de lo que yo creia. Adios, don Juan, hasta luego. (*Se hunde.*)

Juan. Carolina! Qué es esto que me pasa? Estoy yo soñando?

Otra máscara cogiéndole de un brazo. No, mi gentil caballero, no... todo es realidad.

Juan. Ilusion ó realidad, lo que siento es que se me haya escapado.

Máscara. Siempre el mismo!

Juan. Siempre hombre de sensaciones; porque yo necesito sensaciones, sean las que sean; y cuando el placer me falte, buscaré el dolor.

Máscara. En ese punto, tranquilízate; tú lo hallarás.

Juan. No será á tu lado sin duda.

Máscara. Quién sabe?

Juan. No me importa, con tal que seas bella, para que haya compensacion.

Máscara. Me han dicho muchas veces que yo era la perla de Sevilla, y Sevilla es el diamante de la Andalucía.

Juan. Pues quítate la máscara, y si eres tan hermosa como dices, te seguiré á todas partes.

Máscara. A todas partes?

Juan. Hasta el infierno.

Máscara. Palabra de honor?

Juan. Palabra de honor.

Victoria. (*Quitándose la careta.*) Juzga.

Juan. Victoria!

Victoria. Hasta luego, don Juan, hasta luego. (*Se hunde.*)

Juan. Bueno! tú has escogido un escelente camino para que nos volvamos á ver, y estoy mas seguro de no faltar á mi palabra, que si te hubieses subido al cielo. (*Dos máscaras se acercan á don Juan y cada una le agarra de un brazo.*)

Máscara izquierda. Yo te amo.

Máscara derecha. Yo te detesto.

Máscara izq. Tú eres el hombre mas bello y seductor que hay en la tierra.

Máscara der. Tú eres el hombre mas pérfido y mas infame que en el mundo existe.

Juan. No os disputeis, celosas mias, que ambas teneis razon.

Máscara izq. Sígueme... yo te conduciré á mi palacio de cristal; tú caminarás sobre arenas de oro, y no tendrás mas que bajarte para coger perlas y corales.

Máscara der. Yo, don Juan, habito en áridos desiertos y bosques sombríos.

Máscara izq. Yo vivo á orillas del Guadalquivir, con sus riberas embalsamadas, y cuando levanto la cabeza, los árboles me arrojan sus flores para que me haga de ellas una corona.

Máscara der. Yo tengo mi morada en los campos solitarios donde arrojan los cadáveres de los suicidas, y cuando recorro mis dominios, caminando triste y pálida sobre osamentos humanos; las flores que caen

sobre mi cabeza son los copos de nieve que bajan del cielo.

Juan. (*Rechazando á la de la derecha.*) Decididamente; vos os habeis grangeado toda mi simpatía, porque me pareceis mas tierna, y sobre todo, menos melancólica que vuestra compañera.

Máscara der. Y si fuese mas hermosa que ella?

Juan. En ese caso, os amaria á las dos. Aceptais el tratado, diosas mias?

Teresa. (*Quitándose la máscara.*) Esta es mi respuesta.

Ines. Mira.

Juan. Teresa! Ines! al fin te encuentro... tanto mejor! Ahora, muger ó fantasma, no te me escaparás. (*Asiéndola por el dominó.*)

Teresa. Hasta luego. (*Se hunde.*)

Ines. Hasta luego. (*Idem.*)

Juan. Es ilusion esto que me pasa? Es posible que un hombre vea estas cosas sino durmiendo? Veamos si todo esto que me rodea tiene cuerpo, ó no es mas que una sombra. Esta es una pared... este un aparador... esta una copa...

Un hombre embozado. Qué quereis que os sirva?

Juan. Agua. (*El hombre le echa agua: don Juan lleva la copa á sus labios y la retira al momento.*) Qué agua es esta?

El hombre. Las lágrimas que has hecho derramar.

Juan. Echa vino. Qué vino es este?

El hombre. La sangre que has hecho derramar.

Juan. Y tú, quién eres?

Sandoval. (*Desembozándose y mostrándole su camisa ensangrentada.*) Don Sandoval de Ojedo.

Juan. Yo creí que te habia muerto mejor. Qué has hecho de tu espada?

Sandoval. La dejé caer cuando la tuya me atravesó el pecho.

Juan. Pues búscala y ven con ella.

Sandoval. Estás cansado de esperar la justicia divina?

Juan. Sí, porque eternamente estoy oyendo hablar de ella, y no la veo llegar nunca.

Sandoval. Ella vendrá... El que con espada mata, morirá con espada.

ESCENA IV.

D. JUAN. *Luego* MARTA.

Juan. Está bien, señor mio; yo no sé si será aplicable á mí el divino proverbio; pero lo que sí diré es, que el hierro que atraviese mi corazon no le sentirá temblar. (*Marta sale con un vestido blanco y una corona de rosas blancas en la cabeza.*) Ah! Marta, ángel salvador de mi vida! por qué me habeis dejado en medio de esas fantasmas, de esos espectros que me rodean? Y por qué os habeis puesto ese vestido y esa corona?

Marta. Esta corona es la de la inocencia; no tengais celos por ella, don Juan: este vestido es el de la tumba... no me le envidieis.

Juan. Vos debeis prepararos para la fiesta nupcial y no para el sepulcro... no se trata de funerales, sino de bodas. Lágrimas, en hora buena; pero lágrimas de placer, de enagenamiento, de felicidad.

Marta. Sí, yo puedo derramar esas lágrimas, y en vuestra mano está conseguirlo.

Juan. Y qué quereis? qué me pedís? mi corazon, mi amor, mi vida?...

Marta. Tu arrepentimiento.

Juan. Mi arrepentimiento! yo lo ofrecí á Dios y no ha querido aceptarlo. Yo arrepentirme! y de qué? de haber sido feliz y de serlo aún? Oh! no... para eso era necesario que no te tuviese aqui á mi lado; era preciso que al estrecharte en mis brazos, te desvanecieses entre ellos como esas fantasmas de mi imaginacion, que ya he olvidado.

Marta. Tú has olvidado á esas fantasmas! Desgraciado de tí, porque esas son las sombras de tus víctimas. Ah! yo no te creía tan estraviado en tus errores, que pudieses asi olvidar á Carolina, á Victoria, á Sandoval, á Ines mi hermana, y á don José tu hermano.

Juan. Marta, ¿quién te ha dicho esos horribles secretos?

Marta. Los muertos lo saben todo.

Juan. Los muertos!

Marta. Sí, mírame... mis ojos estan abiertos; pero está apagada en ellos la llama de la vida: mi corazon está en mi pecho, pero ha cesado de latir: mis manos pueden todavía juntarse para pedir á Dios por tí, pero estan frias y heladas como el mármol. Podrian engañarte hasta tal punto, que por todo un dia equivocaras la muerte con la vida?

Juan. Eso es imposible, y tú quieres sin duda hacerme creer ese nuevo prodigio para huir de mis brazos, como ya lo has hecho. Oh, Marta! Marta! tú no me amas!... tú no me has amado nunca.

Marta. Yo no te amo! yo no te he amado nunca! Oh! mira.... yo era un ángel del Señor, y perdí mi aureola por tí: yo quise ser muger y bajar á la tierra, donde perdí la razon por tí. He hecho mas todavía.... en el momento de mi muerte, por volverte á ver, por verte una vez, por verte un dia, he dado mil años de mi eternidad.

Juan. Un ángel... sí; yo debia haberlo conocido en tu voz, en tu rostro, en tu perfume celestial. Sí, tú eres un ángel y estás cansada de la tierra y recuerdas tus felicidades divinas, y te crees muerta porque vives entre los hombres, ¿no es cierto? Pues bien, Marta, yo te volveré al cielo que has perdido: viviremos entre placeres y amores, de tal modo, que creas haber entrado otra vez en tu paraiso.

Marta. Desgraciado! tú hablas de felicidades celestes, y apenas te restan algunos instantes para escapar á las llamas infernales.

Juan. Un momento de felicidad divina vale mas que una eternidad de felicidades humanas...

Marta. No ves que esas luces se apagan.

Juan. El mas hermoso momento de una fiesta nupcial, es aquel en que se apagan las luces.

Marta. Mira!... escucha...

Juan. Qué ruido es este? qué es eso?...

Marta. No ves que estamos encerrados en un sepulcro, sin puertas... sin salida?...

Juan. Tanto mejor!... asi no entrará nadie.

Marta. La muerte entra por todas partes. (*Arrodi-*

llándose.) Don Juan, en nombre de aquella morada celestial, donde dentro de mil años podemos volver á vernos; en nombre de tu padre, que es el único hombre que implora á Dios por tí en el cielo, y en mi nombre, que soy la única muger que ruega por tí en la tierra, arrepiéntete.

Juan. Marta, Eva no era tan hermosa como tú, y Adan perdió el Paraiso por ella.

Marta. Desgraciado! Desgraciado!

Juan. Marta; esposa mia! (*Se oye el reloj que da las doce.*)

Juan. Qué tienes?

Marta. No oyes? ya es la media noche.

Juan. Sí, acabamos un dia de felicidad, y empezamos otro todavía mas dichoso.

Marta. (*Debilitándose á medida que va dando la hora.*) Este dia es el último... esta hora es la última... arrepiéntete, arrepiéntete!

Juan. Mañana.

Marta. Yo muero... Señor, tened piedad de él. (*Espira.*)

Sandoval. (*Por el fondo.*) Aqui me teneis, don Juan.

Juan. (*Furioso.*) Mala hora habeis escogido.

Sandoval. Estais dispuesto?

Juan. Siempre.

Sandoval. En guardia. (*Se baten: Sandoval mata á don Juan y desaparece.*)

Juan. (*Cayendo.*) Oh! herido.... herido de muerte.... Marta... Maldicion! (*Muere.*)

Angel malo por la izquierda. Venganza!

Angel bueno por la derecha. Misericordia!

Angel del juicio bajando del cielo. Justicia!